



Theomai

ISSN: 1666-2830

theomai@unq.edu.ar

Red Internacional de Estudios sobre
Sociedad, Naturaleza y Desarrollo
Argentina

Ansaldi, Waldo

Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas

Theomai, núm. 35, enero-junio, 2017, pp. 22-51

Red Internacional de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo

Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12452111003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas¹

Waldo Ansaldi²

*A Manuelita Giusti e Lino Gambacorta,
cari amici nella Toscana rossa.*

¹ Este artículo expone resultados parciales alcanzados en la investigación colectiva *Nuevas derechas y democracia en América Latina, c. 1980-2010*, dirigida por Verónica Giordano y Lorena Soler, con sede en el Instituto de Estudios de América Latina (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. La primera parte del título (al que he pluralizado) está tomado del poema *De cartón piedra*, de Joan Manuel Serrat

² Profesor titular consulto, investigador del Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina (GESHAL) en el IEALC, Director de la Maestría en Estudios Sociales Latinoamericanos en la Facultad citada en la nota anterior.

Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.
(...)
Pero yo no quiero cuentos...
No me contéis más cuentos.
León Felipe, *Un signo... ¡quiero un signo!*

Desapariciones en las ciencias sociales

En las últimas décadas -tras la caída de las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas en América Latina y, *pari passu*, del llamado “socialismo real” en Europa-, muchos científicos sociales han dejado de pensar no sólo en los términos del materialismo histórico, sino también sociológicamente, desplazándose hacia una ciencia de la política institucionalista, formal y ahistórica. El clima de época, que algunos han llamado posmoderno, puso en cuestión las teorías generales y las explicaciones en términos de totalidad y de historicidad.

Las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas -dictaduras burguesas, todas ellas- asesinaron y/o hicieron desaparecer a no pocos hombres y mujeres de las ciencias sociales. Luego, los procesos de transición a la democracia -dentro de un cuadro a escala global- y la posmodernidad produjeron otras desapariciones, no terribles como aquellas, pero no por ello carentes de importancia. Me refiero a la desaparición de conceptos, categorías, teoría y, quizás, sobre todo, de la historia. No de la Historia como sujeto inmaterial -por tanto, abstracción metafísica- que parece que hace todo, cuando en realidad no hace nada, y tiene un tribunal que, por ende, juzga, condena y/o absuelve, en tanto sujeto inmaterial, sino la historia como proceso ininterrumpido por el cual los hombres y las mujeres realizan, en el tiempo y en el espacio, acciones de diferente tipo en pos de alcanzar los diferentes objetivos que se proponen. Y cuando desaparece la historia, quienes desaparecen, en rigor, son los sujetos -los hombres y las mujeres- que la construyen en un movimiento permanente. Al desaparecer el análisis sociológico y las clases sociales, los sujetos sociales dejan de ser los agentes de la acción social y su lugar es ocupado por categorías más difusas, en el mejor de los casos, descriptivas, casi nunca explicativas. Es cierto que se nombran a los trabajadores y a los campesinos, pero son muy pocos quienes aluden a burguesía y burgueses, a menudo devenidos en meramente empresarios. Y aunque se los mente, en los análisis desaparecen el conflicto entre clases y la conceptualización misma de esos sujetos. Las palabras no son inocentes. Como escribía el gran Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, “[e]l conocimiento de las palabras es obligación del que escribe, como... del que lee”.

La desaparición de la historia es, además de la de los sujetos, la del tiempo y la temporalidad. Es así como se ocluye la capacidad explicativa de los procesos históricos. Un buen ejemplo -al que me he referido en otra ocasión (Ansaldi, 2014)- es denominar dictadura cívico-militar a las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas (la expresión, empleada primero para el caso argentino, ha tenido alguna proyección allende sus fronteras). Cívico involucra a todo el campo civil, sin distinción de clases, lo cual es una aberración lógica e histórica. Como es obvio para quienes la expresión resulta familiar, el autor de la denominación acota el campo civil a los empresarios, es decir, a los burgueses. Hubiese sido más ajustado a la realidad, a la lógica y a la historia, llamarla dictadura militar-empresaria (o empresario-militar, si se prefiere), si se quería y quiere evitar llamarla burguesa. Porque, vamos, *las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas fueron tales por su forma, pero burguesas*

por su contenido. También son burguesas casi todas las democracias realmente existentes. Digo casi todas para poner en sordina los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela, cuyo tratamiento es más complicado de lo que puedo acometer aquí y ahora. Otra vez: las palabras no son inocentes.

Además de la historia, desaparecieron en buena medida las clases sociales, el imperialismo, la dependencia, los modos de producción, las formaciones sociales, entre otros tantos conceptos y/o categorías analíticas utilizados para tornar inteligibles (por lo tanto, para explicar) a las sociedades y a las acciones humanas. Es decir, desapareció la teoría, que es la *condicio sine qua non* para que el conocimiento sea científico, desaparición que ayuda a entender por qué tantas tesis de maestría y doctorado y tantos artículos y libros tratan de temas y no de problemas. Es una cuestión fundamental que requiere un buen tratamiento.

A menudo se arguye que el abandono de la teoría -y muy especialmente las fundadas en el materialismo histórico- se justifica por tratarse de elaboraciones antiguas, endeble "argumento" que soslaya dos cuestiones: una, que no todo lo antiguo es anticuado (confundiendo ambas expresiones al considerarlas sinónimos): dos, si por antiguas son también anticuadas, entonces de lo que se trata es de crear nuevas teorías capaces de explicar el mundo y las sociedades de hoy. Pero tirar el bebé y el agua sucia al mismo tiempo no es la mejor manera.

Los sujetos que hacen la historia son hombres y mujeres que, en términos puramente analíticos, pueden ser sujetos sociales o sujetos políticos. *Qua* sujetos sociales se organizan en clases, por lo general contradictorias, opuestas y antagónicas, mientras en tanto sujetos políticos lo hacen en partidos, sindicatos, asociaciones de interés, movimientos y otras formas. A menudo, pero no necesariamente siempre, hay correspondencia entre una condición y la otra, como en el caso de los partidos políticos de clase, o los sindicatos y las organizaciones patronales. Esos son, como suele decirse, los actores (yo prefiero los sujetos) de la política. El italiano Umberto Cerroni señala que hay sujetos políticos *primarios* (las ciudadanas y los ciudadanos, el pueblo) y sujetos políticos *secundarios* (las recién mencionadas formas organizativas). Y agrega; en una cita que me permito reproducir en su extensión:

En una teoría general de los sujetos políticos, se podría distinguir entre los sujetos sociales, que inciden en las tendencias profundas de la política y en los cuales entran también los movimientos no organizados de manera estable, los sujetos políticos propiamente dichos, que manejan las elecciones políticas con relación a la acción social, y los sujetos jurídicos que asumen, en las instituciones delegadas para esto, las decisiones formalmente vinculantes para todos. *Pero esta estratificación no puede borrar el papel primario y fundamental desarrollado por los individuos que, por lo demás, estructuran los niveles de la actividad social y jurídico-política como productores, como ciudadanos, como militantes, como electores, como electos y como funcionarios públicos* (Cerroni, 1992: 97; *italicas mías*).

Hoy se escribe, se lee, se dice, se escuchan palabras como derecha(s), nueva(s) derecha(s), centro-derecha, y se las emplea como si fueran sujetos de la acción política. En realidad, tal como se las emplea a menudo, son palabras sin sujeto. Porque esas expresiones políticas y/o ideológicas son sólo una de las formas que adquiere el pensar y el hacer de sujetos sociales, se expresen o no a través de sujetos políticos, sean primarios o secundarios. He aquí a la mamá del borrego.

Es cierto que muchas palabras (no todas) del lenguaje clásico de las ciencias sociales persisten. Pero sólo como meras palabras, que ya no son conceptos y/o categorías analíticas. Al dejar de ser conceptos, quienes las utilizan no se preocupan por definir qué entienden por tales y cuando las invocan, dan por sobreentendido que quienes las receptionan saben de qué se trata. Pero, ¿es así? ¿Todos quienes usan, por ejemplo, la expresión derecha, entienden por tal lo mismo?

La historia sin sujetos no es historia, ni hace posible, por ende, *explicar* la realidad. Dicho de otra manera: la historia sin sujetos no permite ninguna lectura ni, muchos menos, explicación de procesos y construcciones sociales. Bien lo dice Gabriela Barrueta Ruiz, “al no incorporar la *historia* como movimiento y construcción, no hay *sujeto* que la construya; así, la ausencia de sujeto como potencialidad niega al futuro como alternativa y posibilidad” (2004: 36). No es un dato menor: el pasado no puede cambiarse, el futuro, sí. Y uno y otro, como el presente, son construcciones realizadas por hombres y mujeres dentro de un abanico de posibilidades. Como construcción, el futuro no está predeterminada, no es una fatalidad: siempre hay un número indeterminado de salidas, de opciones posibles.

"Nuevas derechas": ¿moda o pereza intelectual?

Si bien en Italia, por ejemplo, el tema fue objeto de importantes trabajos de Norberto Bobbio, Dino Cofrancesco, Elisabeta Galeotti, Marco Revelli, entre otros (Bobbio, 1995: cap. V), ya en los años noventa del siglo pasado, en América Latina sólo recientemente se ha puesto de moda entre científicos sociales, periodistas e incluso, aunque en menor medida, entre políticos, hablar de, y escribir sobre, las *nuevas derechas*, así, casi siempre en plural. Empero, acoto, Sandra McGee Deutsch (2005; edición en castellano del original en inglés publicado en 1999), señalaba la existencia de “nuevas derechas” en los primeros años de la segunda posguerra, es decir, en los comienzos de la *guerra fría*. Entonces, ¿las de hoy serían las “nuevas derechas” de las “nuevas derechas” de mediados del siglo pasado?

No tengo un prejuicio *a priori* sobre las modas, pero cuando se trata del campo científico dedicado a analizar las sociedades, en especial desde el campo del pensamiento crítico, tengo al menos una reticencia epistemológica, si cabe la expresión, o, para decirlo más llanamente, una fuerte desconfianza, frente a ellas. Es que, en este punto, estoy totalmente de acuerdo con el historiador británico Alan Knight: “la moda es una pobre guía hacia la verdad”. Pero no sólo eso: a menudo nos priva de la perspectiva. Se puede plantear la cuestión en otros términos, menos duros, y hablar de un “clima” coyuntural, sin olvidar que también los climas son variables, y más en estos tiempos...”

Por añadidura, tengo una segunda resistencia, cargada de desconfianza, a la utilización alegre e irreflexiva de los vocablos nuevo/a(s) y neo. Esa resistencia deriva de una profunda convicción: su uso y abuso no son más que una de las expresiones de la pereza intelectual, esa que lleva a prestar atención a las formas más que a los contenidos, que observa más las acciones del sujeto que al sujeto mismo, en una variante de la postura de mirar el árbol prescindiendo del bosque. Ya se sabe: si no vemos el bosque todo, no vemos el paisaje completo. No digo que las *formas* de la acción sean irrelevantes, digo que hay que analizarlas en relación con el sujeto que las realiza.

La proliferación de estudios sobre las supuestas “nuevas derechas” muestra en ellos un común denominador: son análisis de una coyuntura en curso enfocados casi siempre sin conexión alguna con la estructura (en el doble sentido braudeliano y gramsciano de la palabra, es decir, como duración), con la temporalidad ni, mucho menos, la historicidad. Antonio Gramsci nos enseñó que todo análisis de coyuntura requiere superar el error frecuente de “no saber encontrar la relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional”, esto es, entre los movimientos y hechos orgánicos -que son más o menos permanentes, de larga duración o, utilizando el concepto introducido por Piotr Sztompka, parte del coeficiente histórico de una sociedad- y los coyunturales u ocasionales. En otros términos: es necesario -para no incurrir en un serio, grave error de explicación- saber diferenciar lo que es importante de lo que es accesorio. Gramsci sostenía que tal distinción “debe ser aplicada a todos los tipos de

situaciones” y que, si ese error es grave en la historiografía, lo es aún más en la política, “cuando no se trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura”. Caer en dicho error implica “exponer como inmediatamente operantes causas que en cambio lo son mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes”. De ese modo se zafa de caer en los errores del economicismo, del doctrinarismo pedante o del exceso de ideologismo. El nexo entre ambos órdenes del movimiento y, por tanto, en la investigación, es dialéctico y difícil de ser establecido, tarea que requiere un fino análisis. (Gramsci, 1975: III, 1580).

Así, no es lo mismo decir las “nuevas” derechas, que lo que tienen de nuevo las derechas. No es un juego de palabras, es una distinción fundamental. En el pensamiento y la concepción de derechas hay un núcleo duro que es permanente u orgánico: su posición respecto de la diada igualdad / desigualdad. En cambio, lo que tienen de nuevo es puramente ocasional, accesorio, si bien es necesario prestar atención a algunas manifestaciones que bien podrían llegar a ser más o menos permanentes.

Este artículo pretende, por tanto, ser un alegato contra una mala praxis de nuestro oficio de científicos sociales. Está escrito “con método analítico y no con espíritu partidista” (Bobbio *dixit*), pero sin ocultar una definición política, que no es igual a partidista, aunque no pocos confunden una y otra.

Aquí tan sólo expongo un conjunto de nudos problemáticos que entiendo nodales para una explicación comprensible del proceso que nos ocupa. A medida que la investigación avance, dichos núcleos serán objeto de mayor desarrollo y profundidad analítica y se articularán lógicamente de una manera que todavía no se encontrará en las páginas siguientes. No esperen, eventuales lectoras y lectores, más de lo que se enuncia y del modo en que se lo enuncia.

El origen de una división

Uno de los tantos legados de la primera Revolución Francesa fue la división política dicotómica entre izquierda y derecha, perdurable de manera inequívoca a lo largo de dos siglos. La fractura original -producida en la sesión del 11 de septiembre de 1789 de la primera *Assemblée Nationale Constituante* (formada el 9 de julio de ese mismo año a partir de la Asamblea Nacional creada el 17 de junio del mismo año, heredera de los Estados Generales, que no se reunían desde 1614)- fue, según la versión más difundida, resultado de la casual distribución espacial de los unos 1.100 a 1.200 miembros que sesionaban en la Gran Sala de Versalles. Los constituyentes representaban a los tres colectivos estamentales: el clero (Primer Estado), la nobleza (Segundo Estado) y los comunes (Tercer Estado, básicamente burgueses y profesionales). Clero y nobleza tenían un cuarto cada uno del total de los miembros, y los comunes, la mitad. En dicha sesión se trató -dentro de una amplia agenda sobre el régimen político a establecer tras la toma de la Bastilla- un artículo de la Constitución en debate, relativo a la cuestión del alcance y/o los límites del poder del rey. Una de las propuestas disponía concederle el poder de veto absoluto de las leyes sancionadas por la futura Asamblea Legislativa. Los partidarios de ella -que lo eran de la conservación de la monarquía absolutista y los privilegios, es decir, del Antiguo Régimen- se ubicaron a la derecha del presidente y de la tribuna del orador, en tanto que los opositores -que propiciaban reducir el veto real al carácter suspensivo y limitado temporalmente, enfatizando la soberanía nacional, se situaron a la izquierda de uno y otra.

Es posible que la ubicación haya sido casual, aunque también es posible pensar que, aun inconscientemente, unos y otros se ubicaran conforme un protocolo de los Estados

Generales, según el cual el clero y la nobleza se sentaban a la derecha del rey, y el Tercer Estado, a la izquierda. Si fue casual, bien podría haber ocurrido que la distribución espacial hubiese sido a la inversa: los conservadores a la izquierda; los reformistas y radicales a la derecha. Si no lo fue y los representantes se ubicaron según el viejo protocolo, habría habido una continuidad en la ruptura. Cualquiera sea el caso, lo cierto es que desde entonces *gauche* y *droit*, izquierda y derecha, fueron y son expresiones de la polarización de fuerzas políticas. La primera, republicana, radical, laica, internacionalista, partidaria de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La segunda, monárquica, conservadora, opuesta a los cambios, particularmente a los más o menos radicales. Las derechas se han pronunciado y se pronuncian siempre por el pasado (aunque a veces invoquen a un futuro impreciso e indefinido), por el *statu quo* -en el mejor de los casos, andando el tiempo, por cambios moderados y aceptables dentro de él- y en sus versiones más reaccionarias por el *statu quo ante*. Para las izquierdas, en cambio, el *desiderátum* ha estado y está siempre en el futuro, coherente con la idea moderna, iluminista, del progreso como una línea ascendente. Desde esa perspectiva, cambio era sinónimo de avance. Frente a ella, las derechas fueron, históricamente, restauracionistas. De ahí que, cuando eran más sinceras que ahora, llamaban a los retornos al pasado *restauración* o *regeneración*. Hoy, a despecho de esa tradición, las llamadas "nuevas derechas" lo llaman cambio, pero, como analizaré más adelante, se trata de una engañifa. Y es una engañifa porque las derechas de hoy, como las de ayer, siguen siendo tributarias, herederas del pensamiento de Edmund Burke, quien postulaba la condena a recibir el mundo donado por nuestros mayores y el deber de conservarlo lo más armónicamente posible. De allí que Karl Marx escribiera, en el primer párrafo de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, la muy conocida frase "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos." Mas no siempre se recuerda la que le sigue inmediatamente: "Y cuando éstos [los vivos] aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal". Antes que Marx, en contraposición a Burke, Tom Paine, el feroz crítico contemporáneo del conservador inglés, defendía los derechos de los vivos, oponiéndose a su arrebató y control en virtud de una "supuesta autoridad manuscrita de los muertos".

Pero no se trata sólo del cambio como clave diferenciadora entre ser de izquierda y ser de derecha. "Ser de izquierda es, desde que esa clasificación surgió con la Revolución Francesa, optar por los pobres, indignarse ante la exclusión social, inconformarse con toda forma de injusticia o, como decía Bobbio, considerar una aberración la desigualdad social."

"Ser de derechas es tolerar injusticias, considerar los imperativos del mercado por encima de los derechos humanos, encarar la pobreza como tacha incurable, creer que existen personas y pueblos intrínsecamente superiores a los demás" (Beto, 2012).

Más tarde apareció una tercera identidad política: centro. Y luego, híbridos como centro-izquierda y centro-derecha, y ubicaciones más radicales aún: extrema izquierda y extrema derecha. De hecho, aunque estas últimas expresiones no fueran creadas durante la Revolución Francesa, las denominaciones *gauche* y *droit* no referían a grupos políticos homogéneos, pues dentro de ellos había una variedad de posiciones, incluso cambiantes, como suele ocurrir en los procesos revolucionarios, cuando la intensidad y aceleración del tiempo es mucho mayor. No viene al caso ocuparse aquí de las distintas fracciones y facciones que compartían uno u otro de esos universos políticos.

Un estudio exhaustivo del pensamiento de las derechas -algo que excede a los marcos de este artículo- no es una tarea sencilla, pues fue constituyéndose, a partir del núcleo inicial

definido por Edmund Burke, Joseph de Maistre y Louis de Bonald, entre otros. Una importante fuente de fundamentación ideológica, incluso doctrinaria, para las derechas ha sido la teoría política vaticana. En el siglo XIX y en la primera mitad del XX, las encíclicas y documentos papales -tales como *Mirari vos* (1832), de Gregorio XVI, *Syllabus errorum. Complectens praecipuos nostrae aetatis errores* (1864), de Pío IX, *Quod apostolici muneris* (1878), *Diuturnum illud* (1881), *Inmortale Dei* (1884), *Libertas praestantissimum* (1888), *Rerum novarum* (1891), *Au milieu des sollicitudes* (1892), *Graves de Communi Re* (1901), entre otros, de León XIII- dieron sustento a las derechas conservadoras. En la segunda mitad del XX, en cambio, en una situación mundial de radicalización y perspectiva de revoluciones socialistas, algunas encíclicas papales, entre ellas las pioneras de Juan XXIII, *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*, expresaban mejores simpatías con los explotados. Las primeras eran partidarias del *statu quo ante* (retornar al orden del pasado), explícitamente restauracionistas; las segundas, del *statu quo* (conservar y mantener el orden existente en el momento), cuando no del gatopardismo. Es toda literatura pesada, incluso aburrida, pero es imprescindible.

Conceptualización del término

Una de las características de los análisis sociológicos de procesos históricos -o de sociología histórica, si se prefiere- es la de precisar los conceptos que se utilizarán en cada uno de ellos. De allí esta necesaria sección.

En el muy conocido *Diccionario de política*, dirigido por Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, no figura la expresión "derecha". La más próxima es "conservadurismo", entrada redactada por Tiziano Bonazzi. Tampoco se encuentra "izquierda". Acoto: individualmente, el primero de ellos dedicó un breve e incisivo libro a la dicotomía (Bobbio, 1995).

Está igualmente ausente en el *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, supervisado por Torcuato S. Di Tella, Hugo Chumbita, Paz Gajardo y Susana Gamba (2004), pero allí se consigna la entrada "Derecha", la cual, sin desarrollar, remite a otra: "Conservadurismo" (pág. 120), y el final de ésta a "Fascismo". A su vez, la entrada "Izquierda", igualmente sin desarrollar, remite a otras tres: "Socialismo", "Marxismo", "Revolución".

En cambio, sí encontramos ambos términos en el *Léxico de la política*, un libro colectivo compilado por Laura Baca Olamendi y otros. Allí, "Derecha" es conceptualizada por Mario Constantino Toto (2000), e "Izquierda" por Isidro H. Cisneros (2000).

La de Constantino Toto -profesor e investigador de la Universidad Veracruzana Intercultural- es una proposición bien interesante. Su punto de partida es doble: el primero, el énfasis en el carácter relacional de derecha *qua* concepto. Es decir, acoto, como toda identidad, la *derecha* se define en oposición a otra identidad, en este caso, la *izquierda*. No se entiende la una sin la relación con la otra, como alteridad. Y ambas, a su vez, sólo son comprensibles y explicables dentro de una totalidad que es un campo de confrontación entre opuestos, antagónicos y contradictorios. En tanto concepto, como todos, está cargado de historicidad, por tanto, de duración, con continuidades y rupturas. Consecuentemente, no siempre designa necesariamente a *todos* los mismos sujetos portadores de ideas de uno u otro signo. (Retomaré esta cuestión más adelante). Vuelvo a Constantino Toto, quien señala que, precisamente por ese carácter relacional, es necesario añadir atributos temporales que la distinguen de su *alter*: costumbres, tradición, conservación, frente a revolución, razón, actualidad, por ejemplo.

El segundo punto de partida del colega mexicano se inspira en Edmund Burke, el pionero teórico del pensamiento conservador, en tanto él "señaló la mayor parte de las premisas" de dicho pensamiento, fuente ideológica decisiva para la "definición primaria" del

concepto derecha. Así, es posible realzar cuatro pares de relaciones claves, las establecidas entre: 1) historia y tradición; 2) autoridad y poder; 3) prejuicio y razón; 4) libertad e igualdad. Cada una de esas relaciones define los núcleos duros del pensamiento de derecha, tal como lo enunciara antes Robert Nisbet (1995).

De esos cuatro pares de relaciones me interesan aquí el segundo y el cuarto. No es que los otros no sean relevantes: sólo quiero poner el énfasis en esos dos, que son -me parece- los más permanentes (no necesariamente inmutables). Respecto de la díada autoridad y poder, Constantino Toto señala que, para la derecha, la premisa originaria de la constitución del principio de autoridad se basa, sustancialmente, en la preservación del orden. De aquí, apostillo, el esfuerzo (exitoso) del pensamiento de derecha por hacer creer que lo contrario del orden es el desorden, el caos, la anarquía -lo que es cierto en algunos casos, pero no en todos-, y no una propuesta de orden alternativo opuesto al existente.

En las sociedades capitalistas, que son las sociedades en las cuales ha surgido y se desarrolla el pensamiento de derecha, autoridad está ligada a propiedad (individual, privada), en tanto, justamente, el orden existente es el garante de ésta. Es por eso que, en dichas sociedades, el poder se instituye, como recuerda Constantino, en una multiplicidad de organizaciones sociales y políticas portadoras, “en general, [de] autonomía relativa unas respecto de las otras: la familia, grupos y asociaciones, el gobierno, la iglesia, entre otras”.

La apelación a la familia es particularmente significativa, en tanto asegura la continuidad de la propiedad, si es posible tomando medidas que disminuyan el gravamen sobre los activos sucesorios (impuesto a la herencia), como ocurrió en Argentina durante la dictadura militar-burguesa de 1976-1983. Pero lo es, también, porque define un modelo de relaciones de dominación básicamente patriarcal que se proyecta a la dimensión macrosocial.

No obstante lo anterior, coincido con Constantino Toto (y otros, comenzando con Norberto Bobbio) en que la díada libertad-igualdad “especifica de mejor manera el pensamiento conservador”, el cual considera como incompatible, de manera inherente y absoluta, a la una con la otra. Así, la libertad se concibe. 1) como “protección constante de la propiedad individual y familiar, particularmente frente a las acciones de Estado o gobierno”, y 2) garantía de “desarrollo de las capacidades individuales y/o grupales, doble objetivo que contrasta con que el que se le asigna a la igualdad, el de tender “a pervertir el desarrollo ‘natural’ de las comunidades al introducir una variable compensatoria en la evolución de las cualidades ‘innatas’ de los individuos” (Constantino Toto, 2000: 152-153).

En cuanto a historia y tradición, debe prestarse atención a un hecho reciente, acaecido mientras este artículo es escrito. Me refiero a la actitud del gobierno de derecha de Argentina con motivo del bicentenario de la declaración de la independencia. Tal vez sea una expresión personal del presidente Mauricio Macri, quien no se destaca, precisamente, por su versación. Se sabe: el acto central de la conmemoración, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, donde un congreso conservador decidió el 9 de julio de 1816 que el país pasaba a ser “una nación libre e independiente del rey Fernando séptimo, sus sucesores y metrópoli, y toda otra dominación extranjera”, se caracterizó, entre otras cosas, por la presencia del abdicado rey borbón Juan Carlos I, emparentado con aquél, y la total ausencia de presidentes de los países americanos que fueron colonias españolas. En ese acto central, el presidente argentino imaginó que los congresales “[c]laramente deberían [sic] tener angustia de tomar la decisión, querido rey, de separarse de España”, expresión que ofende a quienes tomaron semejante decisión. No sé si el presidente conoce -y si conoce, cuánta- historia de Argentina. Sí sé que su posición es inequívocamente antihistórica, y este es un rasgo novedoso en las culturas políticas de derechas. En todo caso, es bien curioso -amén de sintomático- que el gobierno derechista de Argentina no reflexione ni invite a reflexionar sobre un momento fundacional de nuestro pasado, justamente en ocasión de una conmemoración bicentenaria. Conmemoración es la

acción de conmemorar. Es obvio, pero -aquí y ahora, en Argentina- no trivial, señalar que conmemorar es, según el Diccionario de la Real Academia Española -por ser del *querido rey*, debería gustarle al actual presidente de los argentinos- “[r]ecordar solemnemente algo o a alguien, es especial con un acto o monumento”, en su primera acepción, y “[c]elebrar una fecha importante”, en la segunda. Es decir, remite a algo que ocurrió en el pasado, por lo tanto, es un registro de la memoria. Memoria del futuro sólo existe en la ficción: en la literatura, *Erinnerungen an die Zukunft*, del suizo Erich von Däniken (1968); en el cine, el muy conocido filme de Robert Zemeckis *Back to the Future* (1985), que aquí se tituló *Volver al futuro*. Significativamente, en ambos, la remisión al pasado es parte fundamental del respectivo argumento.

¿Hay que reiterar que, según ha planteado Immanuel Wallerstein, el pasado no es lo que fue, sino lo que es? Como escribimos con Verónica Giordano: “En una línea que recuerda a Walter Benjamin (en *Tesis de filosofía de la historia*), Wallerstein acota: «Solo se puede narrar verdaderamente el pasado como es, no como era. Ya que rememorar el pasado es un acto social del presente hecho por hombres del presente y que afecta al sistema social del presente»” (Ansaldi y Giordano, 2016: I, 63). Es por eso que el pasado es siempre objeto de confrontación, de controversias. Es parte de la construcción de los imaginarios sociales, de las representaciones colectivas, del campo de la violencia simbólica. Para Macri, para la Pro, el pasado ni fue, ni es.

Bien lo dice Nathalie Goldwaser:

la eliminación a las referencias históricas no sólo es una cuestión de ignorancia y desinterés por nuestra herencia cultural y política; es también una estrategia ideológica, porque generar olvido y denostar el pasado reciente permite reinstalar un modelo de vaciamiento material, simbólico y discursivo a través de palabras fallidas que finalmente permitieron atraer a los votantes (ahora devenidos en público) que hicieron posible revivir los muertos de la felicidad.

Adicionalmente, el tratamiento *querido rey* es ofensivo para los hombres y mujeres republicanos de un país republicano- ¡Y nada menos que dedicado a un miembro de la dinastía de la cual los congresales de 1816 decidieron independizarse! Obvio, también sería inexcusable si lo fuera de otra monarquía.³

Permítaseme una extensión en esta digresión. Que el presidente de una república trate de querido al rey perteneciente a la familia de la cual nos independizamos, me hizo rememorar un pasaje bíblico, que le hubiera venido como anillo al dedo:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá *las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda*. Entonces dirá el Rey

³ Este hecho amerita un tratamiento más extenso, que no puedo hacer aquí y ahora. Un/a analista del discurso (también, un/a psicoanalista) tiene abundante material en los pobres discursos de Macri, en los cuales no sólo se destaca la ausencia argumentación y, *contrario sensu*, la proliferación de lugares comunes, frases y apalabras vacías, sino muy especialmente lo que silencia: por ejemplo, la apelación a *nosotros*, tan común entre quienes niegan las divisiones de clases (él prefiere “ustedes, los argentinos...” (¿Será por eso que Juan Carlos I fue tratado con tanto afecto?) y la palabra *pueblo*. Estas y otras omisiones no son imputables a su pobre lenguaje. Una breve e inteligente reflexión sobre la escuálida conmemoración oficial puede verse en Nathalie Goldwaser Yankelevich, “La celebración del bicentenario de la Independencia...un tarifazo de sentimientos políticos”, *Cuadernos de Coyuntura*, GESHAL-IEALC, <http://coyuntura.sociales.uba.ar/la-celebracion-del-bicentenario-de-la-independencia-un-tarifazo-de-sentimientos-politicos>. Acceso: 19 de julio 2016.

a los de su derecha: «Venid, *benditos* de mi Padre, *recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*». (...) Entonces dirá también a los de su izquierda: «Apartaos de mí, *malditos*, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles» (*Evangelio de San Mateo*, capítulo 25; *itálicas mías*).

Ovejas, a la derecha; cabritos, a la izquierda: ¿es necesario acotar algo?

Cierro la digresión y retomo el hilo argumental. La expresión *derecha(s)* no designa a un sujeto político, ni primario, ni secundario. Refiere, sí, a una posición política -más que a una doctrina concreta- cuya base social, históricamente, ha ido ampliándose, ganando a no pocos contingentes de las clases subalternas. Derecha es la posición política de la burguesía, en primer lugar, pero una parte importante de la base social y política de derecha no ha sido ni es burguesa. En otros términos: el pensamiento y las prácticas de derechas se han expandido históricamente entre, e incluso ganado a, importantes contingentes de las clases subalternas. Este no es un dato nuevo, tiene una larga tradición, como ilustran la *Guerra de la Vendée*, en la Francia revolucionaria, la *Cristiada* mexicana, también dentro de un proceso revolucionario, pero igualmente en situaciones no violentas.

Derecha e izquierda son expresiones que designan contenidos no inmutables, cambiantes según tiempo y situaciones, aunque manteniendo invariable la oposición entre una y otra (Bobbio, 1995: 129). No olvidemos que, alguna vez, la burguesía estuvo situada en la izquierda del espectro político. Cuando finalizó la revolución -donde la hubo, o alcanzó el poder, donde no la hubo- y comenzó el orden, la burguesía fue desplazándose hacia la derecha y allí se instaló cómodamente. También la posición de izquierda fue cambiando, pasando, como ha señalado Marco Revelli, desde el movimiento liberal al democrático y al socialista e incluso, agrego, a las varias redefiniciones que algunos proponen en el siglo XXI.

Más allá de las mudas, hay un núcleo duro del pensamiento, la concepción y las prácticas políticas de la(s) derecha(s) que permanece invariable y define exactamente qué es ella, que son ellas: la cuestión de la relación igualdad / desigualdad o, si prefiere, la opción por el mantenimiento de la desigualdad. Las derechas pueden cambiar en varias cuestiones, pero en ese punto son inmutables.

La cuestión de la igualdad / desigualdad -mejor formulación que la de equidad / inequidad con la que algunos esquivan el meollo de la misma- ha sido y es objeto de numerosísimos abordajes. Imposible desarrollarlos aquí. No obstante, porque la argumentación lo exige, he de plantear algunos nudos fundamentales, que no son más que los expuestos en otras ocasiones (la última, de donde tomo, con algunas modificaciones, los cuatro párrafos siguientes, en Ansaldi, 2015).

Principio fundamental: en las sociedades capitalistas la desigualdad es un dato estructural. Las sociedades de hoy son brutalmente desiguales, a escalas nacionales y mundial, quizás más desiguales socialmente que nunca antes en la historia de la humanidad, precisamente cuanto mayor es el grado de desarrollo alcanzado por ésta. El sociólogo español Salvador Giner señalaba, en los primeros años de la década de 1990, que no era nueva la percepción de "una verdadera mundialización de la desigualdad, y ello a un doble nivel: entre países (ricos/pobres; poderosos/subordinados) así como dentro de ellos (creación de pautas interiores de dominación dependientes de las transnacionales)", Sí lo era "su consolidación a escala mundial (...), un rasgo sin precedente" (Giner, 1993: 133).

La igualdad debe ser analizada, siempre, en relación a su antítesis, la desigualdad. Es cierto que ambas palabras son polisémicas y que hay igualdad-desigualdad naturales e igualdad-desigualdad sociales, como argumenta Norberto Bobbio (1995). En pocas palabras:

igualdad, en su sentido moral es un hecho fundamental de la condición humana: todos poseemos, en principio, la misma dignidad por el hecho de existir. [...]. Hay varias formas de igualdad: la material, la de oportunidades, la de género, la legal. La desigualdad, en cambio, es la distribución asimétrica de poder, bienes y recursos entre los seres humanos. La desigualdad social es aquella que se ha desuncido de la natural, según criterios valorativos de autoridad, propiedad, privilegio, honores, prejuicios y creencias (Giner, 1993: 127-128).

Un aspecto singular de la desigualdad social contemporánea estriba en su derivación de una previa creación de igualdad, paradoja que Giner llama "forja igualitaria de la desigualdad", resultado del desarrollo del proceso histórico de la humanidad a lo largo de los dos últimos siglos. Sorteando -por limitaciones espaciales- la tentación de desplegar algunos argumentos sobre el mismo, aquí sólo recordaré que la demanda de igualdad social define una de las notas distintivas de posiciones de izquierda, tanto como la defensa de la desigualdad caracteriza a la derecha, Bobbio *dixit*. Éste sostiene que el principio igualitario -o igualitarista- se expresa como *lo mismo para todos*. Está claro que *igualdad* no puede ni debe ser confundida, como de hecho suele ocurrir, con *uniformidad*. La cuestión remite, a su vez, a otra, la de la alteridad, cuyo reconocimiento se sintetiza en la proposición que considera al *otro como un igual, pero diferente*.

En el marco de sociedades capitalistas, la "mayor verosimilitud de la idea" de igualdad se ha alcanzado en aquellos países "que han emprendido y sostenido largos procesos de redistribución progresiva de la riqueza social" (Tapia, 2001: 127). De allí el énfasis, la insistencia de los liberales y de conservadores, nuevos o añejos, en la promoción de políticas antiigualitarias o, como añade el mismo autor una página después, "de reducción del grado de universalización histórica producida por las luchas y reformas democráticas". La igualdad es, entonces, el *quid* de la cuestión.

Con diferencias, las corrientes racionalista, socialista, liberal democrática y social cristiana han defendido posiciones más o menos igualitarias o, al menos, tendentes a disminuir las desigualdades. De todas ellas, la más igualitaria ha sido, históricamente, la del socialismo, quien la concibió, al menos originariamente, asociada inextricablemente a la libertad. Conviene recordar que la demanda de igualdad formó parte -con libertad y fraternidad- del ideario filosófico-político del liberalismo cuando éste era una posición de izquierda. En ese sentido, el socialismo ha sido considerado la continuidad radical y superadora del liberalismo revolucionario francés, en alguna medida deriva de los movimientos igualitarios ingleses del siglo XVII, los *levellers* (niveladores) y los *diggers* (cavadores). *Contrario sensu*, el llamado neoliberalismo rechaza la concepción de la igualdad entre los seres humanos, en tanto los considera naturalmente desiguales, excepto en el plano de la ley ("una exigencia política", como dice Karl Popper) y en el del mercado (los hombres y las mujeres son igualmente libres para la adquisición o disfrute de sus propiedades). El fundamento del carácter irrestricto del derecho de propiedad exige la igualdad ante el mercado y afirma la desigualdad económica y social. En el plano político, ello se traduce en una concepción puramente instrumental del Estado: la defensa de la propiedad privada y del mercado. De allí que se le asigne a él la exclusiva satisfacción de las necesidades de la seguridad y de la justicia. Los llamados neoliberales -siguiendo las posiciones de los utilitaristas- afirman la necesidad de asegurar la persistencia de las desigualdades: la lucha por reducir éstas implica la expansión de la libertad de las mayorías y de las potencialidades y capacidades humanas como puede apreciarse en el Estado Benefactor y en la democracia social, igualando así (al menos tendencialmente) a quienes son naturalmente desiguales, de donde las "teorías" de la dictadura del número o de la distinción entre masas y elites.

En una célebre polémica con Luigi Einaudi, Benedetto Croce inventó el neologismo *liberismo* para establecer una distinción entre éste -considerado manifestación de los aspectos exclusivamente económicos- y el *liberalismo*, expresión de los aspectos filosóficos, políticos y éticos de la corriente. Esta distinción, prácticamente reducida a su empleo por los italianos, me parece notable y he de reivindicarla. Como muchos en las últimas décadas, he utilizado el término neoliberalismo (a veces, también el de neoconservadurismo) para aludir a la corriente que encuentra sus expresiones ideológicas más notorias en Friedrich von Hayek y Milton Friedman y en las propuestas de política económicas condensadas en el llamado Consenso de Washington. Mi proposición, ahora, es denominarlos *liberistas fundamentalistas*, acotando que, a diferencia de Croce, estos de hoy no sólo privilegian los aspectos puramente económicos, sino que también han abandonado buena parte de los principios éticos, filosóficos y políticos del mejor liberalismo. En su lugar, han farfullado extravagantes -aunque exitosas- posiciones que por comodidad llamaré culturales e ideológicas, porque, a diferencia del liberalismo original, filosóficas le queda excesivamente grande.

Los liberistas fundamentalistas han creado nuevas y mayores desigualdades, tanto como han reforzado las de antaño, mediante el *cierre social*, esto es, el proceso mediante el cual determinados grupos sociales se apropian de y reservan para sí mismos -o bien para otros, generalmente allegados a ellos- ciertas posiciones sociales. El cierre social se aprecia tanto en niveles microsociológicos -atribuir una posición a una persona dada, y no a otras, por razones de discriminación, por ejemplo- cuanto en el nivel macrosociológico, en el cual se produce una distribución discriminatoria de propiedad, poder, privilegios y empleo a ciertos y específicos individuos con total o parcial exclusión de otros.

En el contexto actual, un aspecto especialmente relevante es el de la relación -nada nueva- entre democracia y exclusión. Es la forma de referir la relación, clásica ella, entre democracia y capitalismo. Si se quiere ser claros y precisos, tal cuestión debe plantearse en términos de la relación entre las consecuencias de las políticas de ajuste estructural y los derechos humanos. Va de suyo que pobreza, indigencia y exclusión son violatorias de los derechos fundamentales.

La pretensión de los liberistas fundamentalistas era y es conjugar lo que llaman ajuste estructural con estabilidad democrática, pretensión inconsistente, pues el ajuste tiende a crear inestabilidad política. Por añadidura, transferir al mercado el protagonismo en la organización de las relaciones sociales, desplazando a los Estados y a la política, torna más grave la situación porque, como si fuera poco, los mercados latinoamericanos, insuficientemente dinámicos, son incapaces de integrar socialmente. Más aún: la exclusión de sectores mayoritarios de la sociedad conspira contra el propio desarrollo, e incluso el mero crecimiento, del capitalismo, y fabrica una verdadera bomba de tiempo. Los liberistas fundamentalistas -convencidos del "fin de la historia"- son incapaces de advertir lo que ésta podría enseñarles: el sistema capitalista requiere, para desarrollarse en el mediano plazo, que la mayoría de la población sea partícipe del crecimiento, que no es lo mismo que el *derrame*. Una sociedad polarizada -a veces extremadamente polarizada-, donde las mayorías son excluidas del acceso a bienes, servicios y al propio mercado, marca un límite material al desarrollo, e incluso al crecimiento, económico, que se torna más rígido aún si esa exclusión se reproduce -tal como sucede actualmente- a nivel mundial, exacerbando la desigualdad, en el interior de cada sociedad y entre los países del planeta.

Los atributos señalados de la concepción y la práctica políticas de las derechas son inequívocos cuando ellas detentan el poder y el gobierno, pero, ¿qué ocurre cuando pierden uno u otro, o ambos? He ahí todo un programa de investigación. Adelanto una hipótesis de trabajo: las fuerzas de derecha pueden tolerar el ejercicio del gobierno -que no es lo mismo que detentar el poder- por fuerzas "progresistas", de izquierda reformista o "nacional-populares"

hasta el punto en que sus acciones rocen el núcleo duro de sus intereses. En el ínterin, pueden conspirar, sabotear de diferentes maneras (una, el desabastecimiento de productos básicos para la alimentación y la salud), estar expectantes, y, en el límite, apelar a formas de violencia armada civil (como las Ligas Patrióticas, las Legiones, las Milicias o similares de Argentina, Chile, Colombia y Brasil, entre otros países) y, más recientemente, utilizando resortes constitucionales que son violentados para promover la judicialización de la política y el golpe de Estado legislativo. Las derechas pueden estar fuera del gobierno -de hecho, así ha ocurrido en buena parte de la región en los cinco primeros lustros de este siglo, y en unos pocos casos se mantiene aún-, pero no han perdido poder: las burguesías son dueñas de los medios de producción y de los de comunicación de masas, del sistema bancario y de las conexiones internacionales. Por ende, disponen de ingentes recursos económicos y comunicacionales (éstos, formidable arma para crear sentido común, valores hegemónicos, etc., instrumento que ha sido reforzado por la más reciente tecnología de las redes sociales, muy eficazmente utilizadas). No han dejado, ni dejan de utilizar todos y cada uno de esos poderosos recursos. Hay mucha evidencia empírica en nuestros países.

Mirada en una perspectiva de larga duración, un buen ejemplo lo constituyen las fuerzas políticas de derecha de la burguesía chilena frente a los gobiernos del Frente Popular, en un caso, y al de la Unidad Popular, en el otro. Tomás Moulian e Isabel Torres Dujisin (2011) analizan, de manera brillante, el comportamiento político interno y externo de las fuerzas de derecha de su país a lo largo de un período cuasi secular que va desde *circa* 1930 hasta fines de la década de 2010. Su enfoque es esclarecedor y modelo para analizar otros casos nacionales. Moulian y Torres Dujisin (2011: 219) señalan que los partidos de derecha chilenos “que, mientras funciona un sistema democrático, logran mantener la representación de las clases propietarias, tienen una debilidad originaria” que reside en “su dificultad para proponer un programa modernizador y desarrollista”. Tal dificultad es explicable por la composición social de dichas clases, una “combinación de sectores terratenientes y burgueses”. Es interesante comparar la posición de las fuerzas de derecha chilena ante los gobiernos del Frente Popular, en buena medida fautor de algún grado de industrialización, pero que no atacó el sistema de hacienda, por tanto, la propiedad de la tierra y el poder terrateniente, y ante el de la Unidad Popular -e incluso el previo de la Democracia Cristiana- que sí afectó esos intereses mediante sendas leyes de reforma agraria.

¿El cambio ya no es lo que era, o el estereotipo se imponía?

Históricamente, la posición política de derecha estuvo asociada a resistencia al cambio, es decir, al conservadurismo, con independencia de la base social que la sustentara, como bien lo había advertido José Luis Romero (1970: 16). Sin embargo, como lo prueban diferentes experiencias recientes y/o en curso, un buen número de partidos, organizaciones y políticos de derecha han hecho de la palabra *cambio* el núcleo duro de sus propuestas. Así, Mauricio Macri y la Propuesta Republicana (Pro) y su acuerdo político con la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica para generar *Cambiamos*, en Argentina; Pedro Pablo Kuczynsky y *Peruanos Por el Kambio* (PPK, sigla que, de paso, exalta el personalismo del dirigente); y antes que él, en el mismo país, Alberto Fujimori y *Cambio 90*; es igualmente el caso de *Cambio Democrático*, embrión de la coalición *Alianza para el Cambio* que llevó al gobierno de Panamá a Ricardo Martinelli. O bien se metamorfosea, en una muestra más de la capacidad de alterar el significado de las palabras, como ilustra la peruana *Fuerza Popular*, liderada por Keiko Fujimori.

Histórica, clásicamente, sobre todo en los imaginarios sociales, la expresión *cambio* aludía a un paso adelante, a una situación de progreso, evolución y/o desarrollo, impronta fuerte y duradera del positivismo decimonónico y la idea de la marcha de la historia de las sociedades y de la humanidad como una línea verticalmente ascendente, cuando, en rigor, es una línea espiralada, es decir, con marchas y contramarchas, avances y retrocesos, como planteaba Giambattista Vico con su proposición de *corsi e ricorsi*. Podía ser revolucionario o reformista, pero no conservador. Era un salto cualitativo. En el abanico de cambios posibles, la revolución era considerada -para usar la expresión del sociólogo polaco Piotr Sztompka- la cumbre del cambio social. No obstante, los científicos sociales tenían bien presente que los cambios podían ser progresivos o regresivos. Esa percepción está acorde con la certeza de la historia de las sociedades como horizonte de posibilidades, no de fatalidades. Por tanto, su marcha puede orientarse en diferentes direcciones. Recuérdese, además, que en la década de 1930 Walter Benjamin cuestionó fuertemente el mito de la historia como cambio progresista.

Desde Auguste Comte en adelante, las ciencias sociales -la sociología, en particular- generaron numerosas teorías sobre el cambio (predominantemente social) y parte importante de la confrontación entre ellas radicaba en el peso que se le daba, como agentes del cambio, a los llamados factores externos y factores internos, al conflicto y al consenso. En general, el pensamiento conservador ha optado por el consenso, por la ausencia de conflicto como eje principio organizador de las sociedades, mientras las distintas variantes del pensamiento crítico, por el contrario, parten de él.

Viene al caso aquí recordar al economista heterodoxo alemán Albert Otto Hirschman, en uno de sus estimulantes libros.⁴ En *Retóricas de la intransigencia* se ocupa del pensamiento conservador o reaccionario (que yo consideraré sinónimos de pensamiento de derecha), al cual analiza en perspectiva histórica, centrándose en el discurso de los conservadores y los neoconservadores -que demuele- a lo largo de doscientos años, dimensión temporal en la cual se produjeron tres olas reaccionarias que él vinculaba con las sucesivas olas de ampliación de derechos de ciudadanía tal como los formulara Thomas Marshall. Así, la primera ola reaccionaria, aparecida en las etapas iniciales de la Revolución Francesa, expuso su oposición a la afirmación de la igualdad ante la ley y los derechos civiles en general, es decir, a la dimensión civil de la ciudadanía, según la concebía Marshall. Según Hirschman, esa oposición, por el momento histórico en que se produjo, era también una oposición a la Revolución. La segunda ola fue la de la oposición a la extensión del sufragio universal, o sea, a la dimensión política de la ciudadanía. Esta ola produjo entre el último tercio del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial e incluso más allá,

una vasta y difusa bibliografía que abarcaba la filosofía, la psicología, la política y las letras acumuló todos los argumentos imaginables para desprestigiar a las 'masas', a la mayoría, al régimen parlamentario y al gobierno democrático. Aunque hizo pocas propuestas de instituciones optativas, gran parte de esta bibliografía advertía explícita o implícitamente contra los tenebrosos peligros que amenazaban a la sociedad como resultado de la tendencia a la democratización.

La tercera ola fue la de la oposición al Estado de Bienestar y "las tentativas de deshacer o 'reformular' algunas de sus medidas", esto es, a los derechos establecidos por la ciudadanía social (Hirschman, 1991: capítulo 1; sección "Tres reacciones y tres tesis reaccionarias").

⁴ Agradezco a Alberto Martín Álvarez, querido colega del Instituto Mora, haberme señalado la conveniencia de considerar las apreciaciones de Hirschman. Seguir su sugerencia me ha permitido abrir un frente de análisis más, al margen de no poder desarrollarlo aquí y ahora. *Retóricas de la intransigencia* es un libro bien pertinente para el debate.

Hirschman postulaba, así, la existencia de “tres tesis reactivo-reaccionarias principales”, a las que llamó *tesis de la perversidad* o del efecto perverso, *tesis de la futilidad* y *tesis del riesgo*.

Según la tesis de la *perversidad*, toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico sólo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar. La tesis de la *futilidad* sostiene que las tentativas de transformación social serán inválidas, que simplemente no logran ‘hacer mella’. Finalmente, la tesis del *riesgo* arguye que el costo del cambio o reforma propuesto es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado.

Cabe señalar que, a su juicio, esos argumentos no son exclusivos de los reaccionarios y

[p]ueden ser invocados por cualquier grupo que se opone o hace críticas a nuevas proposiciones de política o a políticas recién adoptadas. Siempre que los conservadores o reaccionarios se encuentran en el poder y están en situación de proponer y llevar a cabo sus propios programas y políticas, pueden ser atacados a su vez por los llamados liberales o progresistas según la línea de las tesis de la perversidad, la futilidad y el riesgo. Sin embargo, los argumentos son en especial típicos de los ataques conservadores contra las políticas progresistas existentes o propuestas, y sus principales protagonistas han sido pensadores conservadores.⁵

Dejo a Hirschman no sin antes retomar la consideración que él hizo de la tesis reaccionaria de la futilidad, que levantó su oposición al sufragio universal que, en rigor, no era (no es) más que una postura antidemocrática, en tanto, según el pensamiento conservador, la democracia de masas debe ser combatida a partir del supuesto de la carencia de sabiduría de las masas (“embrutecidas”, dirá Gustave Le Bon, para quien “la muchedumbre” era poco apta para el razonamiento y muy apta para la acción, eufemismo para decir soldados para la guerra), cuya mentalidad era concebida como similar a las de niños dependientes y/o mujeres histéricas (Le Bon *dixit*). Así, la formulación de las políticas sólo puede ser exclusividad de “la minoría que sabe”. Los principios democráticos eran (y son) considerados fútiles, triviales, por ignorar que el talento político es privativo de unos pocos. O si se prefiere, añadido por mi cuenta, de los *expertos*, como prefieren decir hoy los liberistas fundamentalistas y los partidarios de la pospolítica. En ese lenguaje, la palabra *experto* me recuerda la aguda observación de Pierre Bourdieu respecto de lo que llamaba *racismo de la inteligencia*.

El estereotipo, devenido incluso sentido común, del cambio como salto adelante ha impedido -impide- a no pocos explicar cabalmente los vaivenes de las fuerzas de derecha. Las burguesías tienen una formidable capacidad de apropiarse de conceptos elaborados por sus antagonistas y de invertir su significado primigenio en las controversias ideológicas (que no son las mismas que las científico-sociales). Aprendieron la capacidad movilizadora de la palabra cambio, se apropiaron de ella y la impulsaron para darle el sentido que la sociología supo siempre que tenía, pero que el discurso político y/o el ideológico olvidaba: el cambio puede ser regresivo. Pero no debemos equivocarnos: la regresión no implica retorno al pasado, una acción imposible hasta tanto no funcione la Máquina del Tiempo. Sí hay, en cambio, un

⁵ Para la redacción de este artículo he podido contar sólo con la versión digitalizada no fascimular de este libro de Hirschman que se encuentra en [http://assets.esppdf.com/b/Albert%20Hirschman/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20\(3018\)/Retorica%20de%20la%20intransigencia%20-%20Albert%20Hirschman.pdf](http://assets.esppdf.com/b/Albert%20Hirschman/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20(3018)/Retorica%20de%20la%20intransigencia%20-%20Albert%20Hirschman.pdf). (Descargado el 5 de septiembre de 2016). Por esa razón, las citas que reproduzco no tienen indicación de página.

retorno del pasado al presente, de políticas del pasado que vuelven a aplicarse en el presente. Y, aun así, no necesariamente del mismo modo y/o con el mismo exacto contenido.

Los derechistas heredaron de Edmund Burke la revulsión a la mera idea de revolución -principio fundamental de las propuestas de izquierda, en tanto expresión máxima del cambio estructural- y el temor al deseo de cambios radicales como vía al desastre. Quienquiera que haya seguido la política española a lo largo del último año y medio encontrará en ella ejemplo clarísimo en la postura del Partido Popular frente a una izquierda moderada, no revolucionaria, como Podemos, a la cual imputa precisamente, llevar al país, de triunfar, a la debacle. Pero no es el único caso. Sobran los ejemplos.

Hoy, la propuesta de una revolución no está en la agenda política en casi ningún lugar del mundo. Y donde está, dista de tener el contenido radical del pasado, es decir, pasaje del capitalismo al socialismo. Tal vez por eso, los derechistas no se apropiaron de la expresión para bastardearla, vaciarla del contenido original. Pero con cambio, lograron mudar la aceptación estereotipada de cambio como salto hacia adelante.

Las ciencias sociales han sido y son proclives a convertir en conceptos aptos para explicar a las sociedades a no pocos creados originariamente por las ciencias físico-naturales (por ejemplo: estructura, evolución, revolución, entre otras). ¡Ahora hasta hay ADN de las sociedades, de partidos políticos y de dirigentes!

Personalmente, preferiría que fuese de otro modo, pero es difícil revertir la historia de nuestro campo. Apelaré, entonces, a esa tradición y recurriré a dos expresiones: muda y metamorfosis. En el reino animal, *muda* denomina al proceso mediante el cual los artrópodos y los hongos (entre otros seres vivos), a medida que crecen, se desprenden de la quitina exterior, que no acompaña el crecimiento, y por lo tanto necesitan desprenderse de ella y generar una nueva, apta para el nuevo tamaño. Mientras ese proceso dura, el artrópodo o el hongo se encuentra en estado de indefensión. *Metamorfosis* -del griego μετα (meta), que indica *alteración*, y μορφή (forma)- tiene una doble acepción: la más antigua, pertenece al campo de la mitología, en el cual refería a episodios mediante los cuales ciertos personajes se transformaban en animales. No casualmente, el romano Apuleyo utilizó la expresión, en el siglo II, para relatar en su novela picaresca *El asno de oro*, la transformación, mediante un fallido hechizo, del joven Lucio en tal animal, aunque sin perder sus facultades intelectuales, excepto el lenguaje y, en el siglo XX, Franz Kafka la retomó para dar cuenta de la transformación del comerciante Gregor Samsa en un gigantesco insecto, aunque sin dejar de conservar facultades humanas). Posteriormente, la biología se apropió de la expresión para referirse al proceso experimentado por algunos animales antes de devenir adultos.

¿A cuento de qué traigo esto a colación? Lo hago porque funciona como excelente metáfora de lo acontecido con las posiciones y proposiciones de los hombres y mujeres de derechas. No obstante, si las queridas lectoras y los estimados lectores tienen resistencia a la biología (y puede que por ello hayan optado por las ciencias sociales) y todo este asunto de mudas y metamorfosis les resulta más incomprensible que las matemáticas antes de Adrián Paenza, tienen también la opción de observar el campo de las derechas desde el menos complicado ángulo del ropaje, de la moda, si prefieren, tal como haré al final del artículo. En cualquier caso, cambia el aspecto exterior, la forma en la que se presentan, pero su estructura, su ADN, si quieren, es el mismo. Es entonces cuando recuerdo a Giuseppe Tomasi di Lampedusa y su *Il gatopardo*: *Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi*. ("Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie"). Y lo que debe seguir como es o como está es la desigualdad, el poder de la burguesía, particularmente de sus sectores más concentrados.

Las derechas en la historia de América Latina

Ignoro cuándo, en los lenguajes políticos latinoamericanos, comenzaron a utilizarse las palabras "derecha" e "izquierda" como expresiones de sendas posiciones políticas. A diferencia de otras generadas también por la Revolución Francesa, aparecidas y empleadas tempranamente en las antiguas colonias, esas dos lo hicieron morosamente. Al menos hasta la aparición de anarquistas y socialistas, las grandes fracturas se daban entre liberales y conservadores. No obstante -y sin caer en anacronismo-, es fácil encontrar posiciones inequívocamente de derecha. Más difícil es encontrar las de izquierda (excepto la obviedad que en ese campo se encontraban todos los que eran lo contrario de los conservadores, lo que durante algún tiempo el sayo les cupo a los liberales), aunque sin duda allí podríamos ubicar a Mariano Moreno, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo (en sus primeros años de acción política) y, más radicalmente, José Gervasio Artigas, en el Río de la Plata. Pero también, a despecho de su condición sacerdotal, Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, en la primera revolución mexicana. Y si me apuran un poco, teniendo bien presente la historicidad de los términos, incluiría a los liberales radicales colombianos de la segunda mitad del siglo XIX.

El pensamiento y las políticas de derecha, de contenido conservador y a menudo ultramontano, tuvieron varios exponentes en la América Latina decimonónica. No siendo del caso abundar aquí sobre la cuestión, señalo unos pocos ejemplos. Así, Diego de Portales no vaciló en considerar a la Constitución como una mujer a la cual, llegado el caso, podía violarse; Juan Manuel de Rosas se pronunció en favor de un gobierno universal regido por el papa, mientras Gabriel García Moreno impuso en la Constitución ecuatoriana de 1869 la cláusula restrictiva del derecho de ciudadanía, reservado exclusivamente a quienes profesaran la religión católica, apostólica, romana. José Manuel Estrada repudiaba el matrimonio civil, al que consideraba "ignominia del concubinato legal", contrario a la ley de Dios y la conciencia nacional.

En esta cuestión -como en muchas otras, si no en todas-, es necesario tener en cuenta lo que Antonio Gramsci llamaba la traductibilidad de las categorías o, más precisamente, traductibilidad de los lenguajes científicos-filosóficos. Si la distinción izquierda-derecha tiene, para el estudio de las posiciones político-ideológicas en la América Latina del siglo XIX, alguna utilidad, es claro que no se expresaba de la misma manera ni con los mismos sujetos que en Europa occidental. No es esta una cuestión, teórico-metodológica, menor.

En el siglo XX, cuando el enfrentamiento político e ideológico fue más claro que en el anterior -y también más parecido (pero no igual) al europeo-, no escasearon políticos e intelectuales inequívocamente de derecha, ni tampoco los de izquierda.

Sin duda, la expresión más alta de políticos de derecha fueron los dictadores, pero no todos ellos pueden ser filiados en una misma derecha. Es evidente que entre los dictadores "clásicos" de la primera mitad del siglo XX, jefes militares autócratas (los *patriarcas*, para decirlo a lo García Márquez), y los de las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas hay más diferencias que coincidencias, aunque entre éstas dos se imponen: su férreo anticomunismo y el *dictum* conservador "No pienses, obedece". Es decir, la sacralidad del orden. Así, por caso y para citar sólo un único ejemplo, los generales Jorge Ubico Castañeda y Efraín Ríos Montt gobernaron dictatorialmente Guatemala con cuatro o cinco décadas de diferencia (1931-1944 y 1982-1983, respectivamente), pero sería erróneo ubicarlos en un mismo plano.

Por otra parte, no debe descuidarse un hecho de significativa importancia: las posiciones de derecha no son siempre conservadoras a ultranza. Puede que, como planteaba Georg Wilhelm Friedrich Hegel, los pueblos y los gobiernos no aprenden nada de la historia; pero la burguesía o, mejor, sus exponentes más lúcidos, sí lo hacen y muy rápido. De allí que,

ya en el siglo XIX aparecieron proposiciones de lo que solía llamarse reformismo social, del que era posible observar una corriente liberal y otra, católica. En este asunto, el papel del Vaticano fue crucial. Furibundo antianarquista, antisocialista y anticomunista, defensor del orden capitalista -sin mengua de proponer acciones que atenuaran la desigualdad estructural propia del capitalismo- el Papado -y una parte del clero- fue una punta de lanza en el giro hacia posiciones favorables a morigerar las duras condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera. El llamado catolicismo social planteó la necesidad de políticas destinadas a disputarle a los movimientos, sindicatos y partidos anticapitalistas, esto es, de izquierda la hegemonía sobre el proletariado. Los más lúcidos pensadores católicos advirtieron que no podía seguir la monserga dirigida a los pobres, a los cuales se les pedía paciencia y resignación. Entre el *Syllabus Errorum* de Pío IX (1864), y la *Rerum novarum* de León XIII (1891), mediaron apenas veintisiete años (menos de una generación biológica), pero las diferencias cualitativas entre uno y otra son extraordinarias. Esas proposiciones fueron parte de la confrontación política e ideológica de la bisagra de los siglos XIX y XX.

El pensamiento de derecha tuvo en América Latina algunas expresiones bien relevantes, particularmente en la conflictiva década de 1930. Algunos estudios sobre los casos argentino, brasileño y chileno ilustran muy bien. Por ejemplo: Ansaldi (2000b y 2003), Beired (1999), McGee Deutsche (2005), Moulian y Torres Dujisin (2011).

Los derechistas han sido siempre muy antiestadistas. Los de hoy siguen siéndolo, pero se expresan en términos más cautos, más hipócritas, al menos en el lenguaje inicial en campañas electorales o en decisiones tomadas durante los primeros meses de gobierno, como bien ilustra el caso argentino. Pero no hay que engañarse: los liberistas fundamentalistas irán, en este punto, más despacio, desmantelando más o menos paulatinamente políticas sociales de inclusión -allí donde las ha habido en los marcos del capitalismo, sin alterarlo-, y la velocidad de ello dependerá de las reacciones populares. En algún momento se plantearán también la privatización total o parcial o la reprivatización de empresas estatales, acciones que en buena medida dependerá de la coyuntura económica internacional, hoy no tan favorable para ello como en la década de 1990. Los liberistas fundamentalistas de los años 2010 han aprendido mucho y rápido de las experiencias de sus antecesores que gobernaron en aquella.

Bien lo ha dicho el brasileño Miguel Rosseto, quien fuera Ministro de Desarrollo Agrario y estratega de Dilma Rousseff: “durante la campaña, Aécio Neves [el candidato del Partido da Social Democracia Brasileira, PSDB] nunca hablaba de privatizar ni de afectar los derechos sociales, porque la derecha es incapaz de presentar claramente cuál es su proyecto. *La derecha tiene un programa clandestino*, porque si lo muestra sería defenestrada”.⁶ Algo muy parecido ocurrió en Argentina con la campaña de Mauricio Macri, y veintiséis años antes con la de Carlos Menem.

Otra concepción cara a los derechistas es la de los gobiernos como malos administradores, aquí y en todas partes. Traigo a colación un ejemplo local, de antaño, y otro externo, actual. En 1887, cuando se discutía en el Congreso Nacional argentino la cuestión de las obras de salubridad de la ciudad de Buenos Aires, Eduardo Wilde, ministro del Interior - el mismo que alguna vez proclamó que “el sufragio universal es el triunfo de la ignorancia universal”)- defendiendo el otorgamiento de la concesión a capitales privados, sostenía:

Ahora, señor presidente, se preguntará por qué el gobierno ha pensado en la entrega de la provisión de agua y el servicio de cloacas a una empresa particular; y yo contesto: ha pensado en esto, porque esto emana de la teoría y del principio que la actual administración sostiene; esto emana de la convicción que tiene el Poder Ejecutivo de

⁶ *Página/12*, CABA, 2 de noviembre de 2015, p. 25; itálicas mías.

que los gobiernos son malos administradores. Esto está íntimamente ligado con otros propósitos que tiene el Poder Ejecutivo.

Que son malos administradores, es una idea que ya en política tiene los caracteres de un axioma; que los gobiernos son siempre, con relación a los progresos, un elemento de retardo, es un axioma que nadie niega [...].

Cabe señalar que su antagonista en el debate, el senador Aristóbulo del Valle, no le iba a la zaga. También para él “los gobiernos suelen ser malos administradores”.⁷

En abril del año en curso, Joan Ribó, alcalde de Valencia por la *Coalició Compromís* (PSPV-PSOE y *València en Comú*), reveló que en sus primeros seis meses de su gobierno el presupuesto del año 2015 -que había sido confeccionado por su antecesor, del Partido Popular (PP)- arrojaba un superávit de € 25 millones, contrastando con la ejecución del presupuesto 2014 por el PP, cuyo resultado final fue un déficit de € 10 millones. Un periodista preguntó: - “¿Pero los buenos gestores no eran los de la derecha?”

La precisa respuesta del alcalde Ribó exime de todo comentario: “Eso es un mito. La derecha solo gestiona muy bien sus propios intereses y recursos, pero gestiona muy mal los recursos de todos”.⁸

Como se sabe, un latiguillo de los derechistas no es sólo que el Estado y/o los gobiernos son malos administradores, sino que los empresarios capitalistas son mucho más eficaces, postura ésta que suele tener su cara popular: “un gobierno de los ricos es mejor, porque como tienen mucho dinero no necesitan robar”. La ingenuidad del aserto, frente a tanta evidencia empírica en sentido absolutamente inverso, exime de todo comentario. No obstante, no resisto a la tentación de dos observaciones, una clásica, remota; la otra, más contemporánea. Comienzo por ésta: Escribió Nicholas Blake en su novela policial *La bestia debe morir* (que en Argentina publicó Emecé editores, en la célebre colección pergeñada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, El Séptimo Círculo): “El poder [debió decir, mejor: el gobierno] está siempre a la defensiva: contra las clases superiores porque pueden dañarlo si da un paso en falso, contra las clases inferiores porque es el representante de la ley y del orden, que éstas parecen considerar, con toda razón, como sus enemigos naturales”.

La otra, de más larga data, es la del padre de la ciencia de la política, Niccolò Machiavelli. Se trata de una enseñanza que los recientes gobiernos “progresistas” de América Latina no tuvieron en cuenta. El *fiorentino* estaba convencido de que por más concesiones que se le den a los ricos y poderosos, éstos jamás dejarán de considerar a los gobernantes como intrusos entrometidos en sus negocios y en el disfrute de sus bienes. Los ricos y los poderosos son -hoy, como eran ayer- insaciables, por siempre inconformistas, propensos a la obstrucción, la sedición y la conspiración, de manera tal que si un gobierno decide apelar a la política de ceder a sus demandas para apaciguar su beligerante oposición, no hace más que cometer un yerro fenomenal. Lectoras y lectores saben bien que el pensamiento de Machiavelli no data de semanas o días atrás, sino del entresiglos XV y XVI, cuando en las ciudades del norte italiano estaban conformándose la burguesía, el capitalismo y el Estado.

Primer ex cursus: las derechas en Argentina

⁷ Congreso de la Nación, Cámara de Senadores, *Diario de Sesiones*, sesión del 15 de julio de 1887, pág. 160. Pese a su posición de principios, en el punto específico de las obras objeto del debate, del Valle defendió la continuidad de la gestión estatal.

⁸ En <http://www.publico.es/politica/joan-ribo-derecha-gestiona-propios.html>. Descargado el 11 de abril de 2016. PSPV es la sigla de Partido Socialista del País Valenciano; PSOE, del Partido Socialista Obrero Español.

Treinta años atrás, en mi primer artículo sobre la democracia (Ansaldi, 1986-1987), sostuve el carácter “ontológicamente antidemocrático de la burguesía argentina”. En el contexto del proceso de transición de la dictadura a la democracia, del entusiasmo y esperanzas boyantes, la expresión pareció dura a algunos. Recuerdo, sobre todo, amistosas discusiones no públicas con mi querido amigo Ricardo Falcón, ese fino historiador social, francamente convencido de considerar que ella era una exageración mía. No sé qué pensaría Ricardo hoy, si viviera. En lo que a mí respecta, estoy ahora más seguro que entonces de la validez del aserto.

Llegar al gobierno mediante el voto de la mayoría en elecciones libres no significa necesariamente ser demócrata. ¿Es necesario recordar que también Hitler llegó al gobierno (y de ahí al poder) mediante elecciones democráticas? Digo, para no desperdiciar espacio en lo que no necesita argumentación.

La burguesía argentina, en tanto base social principal de las fuerzas de derecha, ejerció el gobierno de modo oligárquico entre 1880 y 1912-1916. Fue desplazado del mismo por la sustantiva reforma política impulsada por el presidente Roque Sáenz Peña, uno de los hombres más lúcidos de aquellas, cuyo proyecto fue boicoteado por las clases propietarias. La ley que lleva su nombre fue un intento *transformista* (en el sentido gramsciano del término) de ese lúcido sector. Los gobiernos de la Unión Cívica Radical -en el arco político de esos años ubicado en el centro- no lograron consolidar la primera transición a la democracia en Argentina y el golpe militar de 1930 cerró la breve coyuntura de los dieciocho años que mediaron entre el triunfo radical en la provincia de Santa Fe (abril de 1912) y el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen, transición de la que me he ocupado en Ansaldi (2000a).

A diferencia de Chile y Colombia, en Argentina las fuerzas políticas y sociales y los hombres y mujeres enrolados en posiciones de derecha, no se asumen como tales. En el mejor de los casos, apenas como de centro-derecha, mentira que no pocos analistas repiten acríticamente, contribuyendo con el error a impedir cualquier intento de explicación correcta.

En Argentina, hasta donde sé, en una sola ocasión los partidos políticos de derecha se reconocieron como tales: fue para las elecciones presidenciales de 1928, cuando lo hicieron bajo la explícita denominación de Confederación de las Derechas. Ella fue una alianza de partidos provinciales constituida en Córdoba a partir de una invitación formulada, en abril de 1927, por Julio Argentino Roca (h), presidente del Partido Demócrata de esa provincia, a dirigentes de formaciones afines de otras provincias. Al encuentro concurrieron representantes de los Partidos Liberal de Corrientes, Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago del Estero y Tucumán; Demócrata de Córdoba; Conservador de Buenos Aires y La Rioja; Autonomista, de Corrientes; Concentración, de Catamarca, y Unión Provincial, de Salta. El cónclave no llegó a constituir un único partido a escala nacional, pero alcanzó a formar una alianza para disputarle la presidencia al radicalismo, sin éxito.

La alianza de derecha no llevó candidatos propios, optando por apoyar la fórmula propuesta por la Unión Cívica Radical Antipersonalista, el ala derecha e inequívocamente burguesa de la Unión Cívica Radical, de la cual se desprendió en 1924 por fuertes discrepancias con lo que llamaban el “personalismo” de Hipólito Yrigoyen. La fórmula Leopoldo Melo-Vicente Gallo era ajena a la Confederación, pero en términos ideológicos y de clase coincidentes con los suyos.

Después, nunca más. En general, derechistas argentinos prefirieron, en el mejor de los casos, denominarse conservadores (sobre todo en la provincia de Buenos Aires). Incluso uno de los intentos más serios por constituir un partido orgánico de derecha, el encabezado por el liberista Álvaro Alsogaray, no se atrevió a definirse como tal y prefirió el eufemismo, de donde la denominación Unión del Centro Democrático (UCD).

Tras el golpe militar de 1930, las derechas llegaron al gobierno mediante elecciones celebradas en 1931 y 1937, con proscripción de la Unión Cívica Radical en las primeras, con el

llamado *fraude patriótico* en ambas. De ahí en más, nunca mediante elecciones hasta diciembre de 2015, aunque habría que prestar particular atención a las de 1989, cuando se impuso Carlos Saúl Menem. Es cierto que lo hizo con el sello del Partido Justicialista, con propuestas que apenas asumió la presidencia violentó para impulsar un inequívoco programa de políticas de derechas, liberistas fundamentalistas. Salvando el rótulo partidario, no muy diferente de lo hecho por la alianza Cambiemos en 2015. Es evidente que ambos triunfaron en elecciones libres, sin fraudes ni proscripciones, con una legitimidad de origen incuestionable, mayor en el caso de Menem (48 % de votos en 1989, 50 % en 1995), toda vez que el verdadero grado de legitimidad de Macri es el 34 % obtenido en la primera vuelta (resultado de la *elección* ciudadana) y no el 51 % de la segunda vuelta (resultado de la *opción*).⁹ Ni Menem ni Macri (aunque en el caso de éste era mucho más evidente la falsedad) hicieron campaña con políticas explícitamente de derecha, al menos para el grueso de la ciudadanía. Lo novedoso de la Propuesta Republicana es haber resuelto el problema que tuvo el penúltimo gran proyecto partidario “democrático” de la derecha argentina, el de la Unión del Centro Democrático (UCeDe): construyó una base popular de masas, al menos electoralmente. En este sentido, la Pro está más cerca del menemismo que de la UCeDe.

Al respecto cabe citar una observación de Sandra McGee. Según esta historiadora norteamericana, la ausencia de un partido conservador, es decir, de derecha, unido y de base popular, llevó a “las clases altas” (eufemismo por burguesía o, al menos, dominantes) a valerse

de grupos civiles autoritarios y de los militares para lograr sus designios, en vez de hacerlo por medio del sistema democrático. La fundación de Unión del Centro Democrático (UCEDE) en 1983 pareció romper con el pasado. Sus dirigentes rechazaban las soluciones de corte militar y abogaban por el liberalismo tanto político como económico y algunos miembros del contingente juvenil del partido promovieron un atrayente estilo popular. [...] *Al esforzarse por llegar al poder mediante un acuerdo de cúpulas [con el menemismo], la UCEDE descuidó el desarrollo de una base popular de masas y repitió así los errores de sus predecesores* (McGee, 2005: 407; *itálicas mías*).

Ahí es donde la Pro, reitero, ha tenido, al menos hasta ahora, un sonado éxito, primero circunscripto a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, luego, en 2015, extendido a todo el país. Es un cambio cualitativo, al que hay que prestar atención. Implica capacidad de ganar hegemonía sobre las clases populares, a despecho de políticas que, más temprano que tarde, las perjudicarán o, más exactamente, están ya perjudicando. El espejito de colores de una gestión municipal eficiente -desmentida con sólo transitar por el sur de la ciudad capital, sur donde viven los sectores menos favorecidos económicamente, con algunas villas miserias significativas por volumen demográfico, sur que, no hay que olvidar, dio el triunfo a la Pro en todas las comunas en que se divide la ciudad-, fue vendido exitosamente más allá de los límites de la Avenida General Paz. Este es, entiendo, un núcleo duro que requiere más análisis y un seguimiento estricto y cuidadoso de la coyuntura, pues habrá que ver -y las elecciones de medio término de 2017 pueden ser un indicador significativo-, el punto en el que se dirimirá la capacidad de la derecha argentina de construir y mantener hegemonía.¹⁰

La organización política de la burguesía argentina no logró plasmarse bajo la forma de un partido político orgánico, ni siquiera cuando tuvo condiciones favorables para ello. Durante

⁹ La diferencia entre *elección* y *opción* no es un dato menor, y debe ser tenido muy en cuenta a la hora del análisis coyuntural y sus proyecciones.

¹⁰ De paso: para explicar los procesos históricos (pasados y presentes) de construcción y mantenimiento de hegemonía en términos teóricos, y para construirla y mantenerla en términos de prácticas políticas, Antonio Gramsci es más eficaz que Ernesto Laclau.

la dominación oligárquica utilizó el control del Estado y privilegió la mediación corporativa por sobre la partidaria, práctica de larga duración. En el límite, su partido fue el llamado *partido militar*, y su expresión más terrible la segunda dictadura institucional de las Fuerzas Armadas y su Estado Terrorista de Seguridad Nacional (1976-1983). La democracia, ni siquiera en su forma liberal, no estuvo ni está entre sus preferencias para ejercer el gobierno. La manifestación más desnuda y elocuente se observa hoy, precisamente durante el período más largo de vigencia de una institucionalidad política formalmente democrática vivido por la sociedad argentina.

Lo nuevo en las derechas de siempre

Ya he dicho antes que no debemos confundir nuevas derechas con lo nuevo de las derechas. Lo nuevo de las derechas, en todo el mundo, es peor que lo viejo. No cambiaron para mejor, todo lo contrario. Para los explotados y los dominados, se entiende. Sí para los explotadores y los dominantes.

Lo nuevo se advierte en el lenguaje, en el tipo de campaña, en lo desvaído de las propuestas programáticas o de principios. Son datos relevantes, pero a mi juicio lo más significativo e importante de los cambios en las formas de hacer política y ejercer el poder desde el gobierno se encuentra en el formato de representación.

Un dato epocal que atraviesa, por lo menos a todo Occidente, es la llamada *pospolítica*, según la cual, *inter alia*, deben dejarse de lado las históricas divisiones político-ideológicas entre izquierda y derecha y la concepción de la lucha de clases, a las cuales se consideran superadas, cosas del pasado. Los desafíos del presente, dicen, son otros y ellos remiten a necesidades y demandas específicas, puntuales, de cada sociedad, cuya satisfacción se confía a diferentes clases de expertos, técnicos, gerentes o directivos (CEOs) de empresas, cuanto más grandes y transnacionales, mejor. Como dice el esloveno Slavoj Žižek, la pospolítica considera “la gestión de los asuntos sociales como algo técnico”. De lo que se trata es de reconocer los diferentes estilos de vida particulares, individuales, de tolerar las diferencias propias del multiculturalismo (hasta que llegan las oleadas de inmigrantes y todo se va al diablo, la solidaridad y la fraternidad se disuelven porque de lo que se trata no son bellas huecas palabras, sino de salvarse cada quien individualmente y como sea). Es la exaltación del egoísmo en su máxima potencia y acción. Así, según Žižek (2011),

[y]a no existe una jerarquía de grupos sociales dentro de la misma nación; los residentes de esta ciudad viven en un universo para el cual, dentro de su imaginario ideológico, el mundo de «clase inferior» que lo rodea simplemente *no existe*. ¿No son estos ‘ciudadanos globales’ que viven en áreas aisladas el auténtico polo opuesto de aquellos que viven en ciudades de miseria y otros ‘puntos negros’ de la esfera pública? Realmente son las dos caras de la misma moneda, los dos extremos de la nueva división de clases. La ciudad que mejor personifica esa división es São Paulo, en el Brasil de Lula, que presume de 250 helipuertos en su área central. Para protegerse de los peligros de mezclarse con la gente común, los ricos de São Paulo prefieren utilizar helicópteros, de manera que, viendo el horizonte de la ciudad, uno realmente se siente como si estuviera en una megalópolis futurista de la clase que se imagina en películas como *Blade Runner* o *El quinto elemento*; la gente común pululando abajo, por las peligrosas calles, mientras los ricos circulan por el aire en un nivel superior.

El liberismo fundamentalista ha licuado la política y, con ella, la condición ciudadana. La pospolítica, que es parte fundamental de aquél, reniega de la política en tanto ésta es ámbito de libertad por excelencia, ese en el cual hombres y mujeres deciden, de consuno, asociativa, solidariamente, luchar por cambiar el mundo, incluso para cambiarlo regresivamente. Lo colectivo y los proyectos colectivos son desplazados y reemplazados por la exaltación de lo individual. En palabras de Žižek,

“toda esa proliferación de nuevas formas políticas en torno a cuestiones particulares (derechos de los gays, ecología, minorías étnicas...), toda esa incesante actividad de las identidades fluidas y mutables, de la construcción de múltiples coaliciones *ad hoc*, etc.: todo eso tiene algo de falso y se acaba pareciendo al neurótico obsesivo que habla sin parar y se agita continuamente precisamente para asegurarse que algo –*lo que de verdad importa*– no se manifieste. De ahí que, en lugar de celebrar las nuevas libertades y responsabilidades hechas posibles por la ‘segunda modernidad’, resulte mucho más decisivo centrarse en lo que *sigue siendo igual* en toda esta fluida y global reflexividad, en la que funciona como verdadero motor de este continuo fluir: la lógica inexorable del capital” (Žižek, 2001: 111; *italicas del autor*).

El surcoreano Byung-Chul Han caracteriza acertadamente el clima epocal al que he aludido:

La psicopolítica neoliberal está dominada por la *positividad*. En lugar de operar con amenazas, opera con estímulos positivos. No emplea la ‘medicina amarga’, sino el *me gusta*. Lisonjea el alma en lugar de sacudirla y paralizarla mediante *shocks*. La seduce en lugar de oponerse a ella. Le toma la delantera. Con mucha atención toma nota de los anhelos, las necesidades y los deseos en lugar de desimpregnarlos. Con la ayuda de pronósticos se anticipa a las acciones, incluso actúa antes que ellas en lugar de entorpecerlas. La psicopolítica neoliberal es una *política inteligente* que busca agradar en lugar de someter” (Byung-Chul Han, 2014: 31-32).

Esa forma de hacer política ayuda a entender por qué los derechistas de hoy en lugar de ideas, que siempre son objeto de confrontación con otras, utilizan un lenguaje carente de contenido, inocente, casi como en el *mundo Heidi*. Esa inocencia se pierde, empero, a la hora de caracterizar a quienes piensan diferente y ocupan posiciones políticas.

Segundo *ex cursus*: el nuevo lenguaje de los derechistas de hoy

Los derechistas de antaño –al menos los cuadros y dirigentes políticos de cierto rango– solían ser cultos y usaban, cuando hacían políticas, modales y palabras cuidadas. Calzaban guantes de seda para encubrir manos de hierro, pero en el escenario de la política actuaban como caballeros. Los de hoy son o tienden a ser, por regla general, incultos, groseros, en buena medida porque carecen de ideas y de argumentos. Entonces, la descalificación de quienes piensan diferente se expresa en términos tales que no hay ni diálogo, ni debate, ni confrontación de ideas posibles. Expondré aquí unos pocos ejemplos.

En las últimas elecciones presidenciales en Uruguay, Luis Lacalle Pou se presentó “como ‘lo nuevo’, apelando a las virtudes de la ‘gestión eficiente’, pragmática y desideologizada”, a tono con el lenguaje renovado de las derechas regionales: “discursos notoriamente antipolíticos, donde las tensiones aparecen diluidas y se insiste con un vacío llamado al diálogo y al consenso. ‘No hablemos más de giros ideológicos. La nueva ideología

es la gestión', declaró hace poco".¹¹ Colegas mexicanos me han dicho que palabras casi textuales a esas fueron dichas por el actual presidente Enrique Peña Nieto.

Otra muestra del lenguaje supuestamente desideologizado de la "nueva" derecha fue el brulote de Pedro Bordaberry, candidato del Partido Colorado uruguayo, al concurrir a saludar a la dirigencia del Partido Nacional, después de conocerse los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, que el Frente Amplio ganó con holgura (aunque numéricamente insuficiente para consagrarse sin necesidad de balotaje). En la ocasión, tal como quedó registrado, le dijo a Pablo Da Silveira, asesor y ministro de Educación si su jefe, Luis Lacalle Pou, hubiese sido tocado por el milagro de ganar la presidencia en la segunda vuelta: "Vine para que hagan mierda a Tabaré Vázquez". Expresión sincera, sin duda, pero políticamente reveladora de la falta de propuesta para construir, para dialogar. Es, en tanto violencia simbólica, una manifestación de primacía de la lógica de la guerra sobre la lógica de la política. El receptor del brulote no fue, precisamente, un dechado de demócrata: "Sabés que sos un tipo que adoro".

La degradación del lenguaje político alcanza uno de sus máximos picos en el tratamiento dado a las mujeres, por el sólo hecho de serlo, que ocupan cargos políticos. En la España del *querido rey*, por ejemplo, en febrero pasado, mujeres de la *Candidatura d'Unitat Popular* (CUP) en Catalunya, denunciaron ser sistemáticamente insultadas, tildándolas de *putas, amargadas, mal folladas, feas, viejas...*, por buena parte de hombres de la política tradicional y de no pocos comentaristas en periódicos y radios. Fueron insultadas por el solo hecho de ser mujeres con ideas políticas propias, diferentes a las del sistema dominante. Insultos asociados directamente a su condición de mujeres y no al hecho de su ser o hacer político.¹²

Un potro desbocado ¿que no sabe adónde va?

Retomo la cuestión de lo nuevo en las derechas de siempre para plantear uno de los puntos nodales, según mi parecer, que presentan las derechas hoy o, más exactamente, las burguesías: el formato de representación.

Publicado en castellano en Madrid, en 1979 (reeditado recientemente), el todavía estimulante libro del sociólogo sueco Göran Therborn no tuvo oportunidad de ser conocido en Argentina, sometida a la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas. Therborn analiza allí los modos en que las clases dominantes dominan en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. Aquí me interesa recuperar su propuesta analítica para explicar el ejercicio del poder del Estado mediante lo que él llama *formatos de representación*. ¿Qué son ellos? Son sistemas de selección de dirigentes, "el mecanismo mediante el cual se consigue que los dirigentes del Estado representen la reproducción de las posiciones económicas, políticas e ideológicas" de la clase dominante. No se trata de los modos de obtención de la representación, sino del contexto en el que dicha clase "logra, mediante numerosos mecanismos diferentes, que se represente la reproducción de sus posiciones" (Therborn, 1979: 220-221).

En las sociedades capitalistas, es bien sabido, el sistema de poder burgués se estatuye sobre la base del principio de concebir a los políticos como representantes de la nación. Para acceder a los cargos de gobierno, en todos los niveles de la organización político-administrativa de un país, las vías son, recuerda Therborn, las elecciones, la posición institucional (es el caso de las sucesiones dinásticas de las monarquías y de las dictaduras

¹¹ Agustín Lewit, "Rumbo posneoliberal v. restauracionismo", en *Página/12*, CABA, 2 de octubre de 2014, pp. 20-21.

¹² Publicado en <http://kaosenlared.net/ignorando-el-terrorismo-machista/> el 8 de febrero de 2016. Descargado el mismo día.

institucionales de las Fuerzas Armadas en la América Latina de las décadas de 1960 a 1980 inclusive) y las autoimposiciones mediante diferentes grados de violencia (usurpación por un dirigente o un grupo mediante el golpe de Estado). En las democracias burguesas, la vía electoral es la norma.

Therborn distingue seis principales formatos de representación: 1) la institucionalización capitalista; 2) los notables; 3) el partido burgués; 4) el estatismo; 5) el movimiento estatismo; 6) el partido del trabajo ((1979: 223-267). De todos ellos, para el análisis de la coyuntura en curso, me interesan el primero y el tercero.

El *formato de la institucionalización capitalista* es aquel en el cual los dirigentes del Estado son “reclutados de entre el personal que ocupa los aparatos económicos capitalistas, guiándose por el exclusivo criterio de las posiciones que ocupan dentro de ellos”. Se trata, como es obvio, de la “institucionalización directa de la burguesía como clase dominante”, formato que “parece ser la manera más cómoda de conseguir su representación”, pero históricamente ha sido utilizado muy poco, habiéndolo sido, sobre todo y ni siquiera en plenitud, en algunas de “las ciudades-república del temprano capitalismo mercantil”. Una de las razones de su escaso empleo radica, según el sociólogo sueco, de la constatación de la dificultad de la gran empresa capitalista -como lo demuestran experiencias realizadas en Estados Unidos- para constituirse “en guardián de los ‘intereses nacionales’” (p. 224).

El *formato del partido burgués* se constituyó cuando el previo formato de *notables* perdió eficacia al organizarse sólidamente los dominados y ya no pudo seguir siendo presentado como representación política de la nación. El formato del partido burgués ha sido y es algo así como un mal menor para la burguesía, que ha podido y puede

gobernar mediante un partido burgués organizado (o una colación de partidos), con gran número de afiliados de cuota, mediante funcionarios especializados y mediante políticos profesionales, formalmente elegidos [...] Un partido burgués organiza a la población en torno a la empresa y al Estado capitalista, sobre la base de diversas ideologías [...] Aunque su perspectiva puede ser más elaborada, los dirigentes de los partidos burgueses tienen, en lo esencial, la misma concepción del mundo que los principales agentes del capital: un mundo en el que el capitalismo es el sistema económico más natural, en el que no existe el antagonismo de clase [...]. Los parámetros dentro de los que actúan los políticos profesionales burgueses están definidos por un ambiente y unos elementos formativos compartidos con los propietarios y ejecutivos de las empresas capitalistas” (Therborn, 1979: 230- 231 y 235).

Este formato ha sido característico del último siglo y es todavía, más allá del debilitamiento de los partidos y su capacidad de representación, el dominante. Justamente, la crisis de los llamados partidos tradicionales -que engloba también a diferentes variantes de izquierda- ha producido el surgimiento de experiencias disímiles en cuanto a propuestas, lenguajes, organización y objetivos, de donde el variopinto escenario en el que se presentan Ciudadanos y Podemos, en España; *Movimento Cinque Stelle*, en Italia; Syriza, en Grecia, para poner unos pocos ejemplos ilustrativos. En América Latina, en la periferia dependiente del capitalismo, el panorama es diferente, más allá de algunos eventuales parecidos. Una fórmula usual es la de presentar candidatos que provienen de campos distintos de la política. La moda de utilizar anglicismos los llama *outsiders*. Ejemplos -dentro un muestrario nada escaso- son, en Italia, el cómico Giuseppe Piero Grillo, más conocido como *Beppe Grillo*; en Guatemala, el también comediante Jimmy Morales, presidente de su país desde 2015. Antes que ellos, la Argentina menemista tuvo sus exponentes exitosos: Ramón Palito Ortega, Carlos Reutemann, Daniel Scioli. Todos se autoexpresan o son señalados como individuos ajenos a la política -al

descrédito de la política y los políticos-, una de las notas distintivas de la antipolítica. Llegaron a la política y a posiciones de gobierno -no necesariamente de poder- desde los éxitos personales en el deporte, en la farándula, en los negocios, éxitos o méritos que parecen convertirlos, *ipso facto* en idóneos para gobernar.

Las burguesías latinoamericanas también han experimentado, viven todavía, las crisis de representación de los partidos tradicionales que han expresado y/o expresan sus intereses. Hoy es claro que el formato del partido burgués, especialmente en lo que atañe la gestión de gobierno “mediante políticos profesionales, formalmente elegidos”, ha dejado -o está dejando- de ser garantía de defensa de los intereses de la clase, de una clase que, a partir de las políticas del Consenso de Washington y del dominio del patrón de acumulación del capital basado en la valorización financiera, va por más, justo cuando ha llegado al punto máximo de poderío de toda su historia.

Es en ese contexto que resurge el formato originario, aquel de escasa aplicación históricamente: el formato de institucionalización capitalista, el ejercicio del poder del Estado y del gobierno mediante los propios burgueses, sean dueños de los medios de producción o gerentes, ejecutivos o CEOs, es decir, como define Therborn, “el personal que ocupa los aparatos económicos capitalistas”. Mi hipótesis es que, hoy, las burguesías latinoamericanas están lanzadas a una ofensiva de creación de formatos de institucionalización capitalista.¹³ Habrá que seguir el proceso con atención, pues es uno cargado de dificultades, en primer lugar, porque la clase, como todas, dista de ser homogénea y en su interior las relaciones suelen ser anárquicas, contradictorias (aunque no antagónicas), con intereses diferenciados, sin contar que hay que convencer a las clases subalternas de las bondades del formato. La burguesía es una clase numéricamente minoritaria, pero compensa esa debilidad cuantitativa con la formidable concentración de poder disponible, con capacidad para construir hegemonía sobre dichas clases subalternas. Pero éstas “no son de palo” y, más temprano que tarde, se harán oír. Por otra parte, el principal problema del formato no reside tanto en garantizar la representación de la clase dominante *en* ese formato, sino en cómo conseguir la continuidad *de* ese formato. Therborn (1979: 236) a propósito de los formatos de notables y de partido burgués -porque descartaba el primigenio, al que veía sin viabilidad en el último cuarto del siglo XX-, pero casi cuarenta años después puede ser reiterado, porque lo que entonces se consideraba inviable, hoy aparece como una *posibilidad* concreta.

Los burgueses, los gerentes, directores y demás cuadros ejecutivos de las empresas capitalistas (incluyendo en ellas a los bancos y financieras) no han llegado y/o intentan llegar a gobernar mediante el control directo del Estado para ocuparse de los intereses u negocios del Estado, sino para consolidar intereses y hacer negocios con el Estado, mediante el Estado. De allí que, rasgo este sí novedoso, sean menos proclives, al menos inicialmente, a un menor desguace del Estado respecto de sus predecesores de los años noventa del siglo pasado. Por cierto, tienen experticia en ello, adquirida incluso antes de tomar el poder sin intermediarios, especialmente los pertenecientes o vinculados a empresas contratistas del Estado.

La reaparición del formato originario de ejercicio del poder por la burguesía es, básicamente, un fenómeno del siglo XXI en algunos países latinoamericanos. Mauricio Macri, en Argentina, y Horacio Cartes, en Paraguay, construyeron capital político desde el éxito empresario y la dirigencia de clubes de fútbol. Antes que ellos, tan temprano como en 1989, Fernando Collor de Mello, empresario de medios de comunicación, ganó la presidencia de la República presentándose, tempranamente, como un hombre ajeno a la política. A los nombres ya indicados pueden agregarse, a guisa de ejemplos y sin agotar la nómina, Gonzalo Sánchez

¹³ La validación de la hipótesis requiere un amplio trabajo de campo que dé cuenta cabal de la pertenencia (o no) al campo empresarial de presidentes, vicepresidentes y ministros, pero también de legisladores e incluso miembros del Poder Judicial.

de Losada y Samuel Doria Medina (Bolivia), Sebastián Piñera (Chile), Álvaro Uribe Vélez (terrateniente, Colombia), Álvaro Fernando Noboa (Ecuador), Vicente Fox (México), Ricardo Martinelli y Juan Carlos Varela (Panamá)... Como los hongos después de la lluvia, brotan por todas partes.

Que en los gabinetes de Macri, en Argentina, y de Kuczynski, en Perú, por ejemplo, haya un número más que importante en puestos clave de hombres y mujeres vinculados o pertenecientes a grandes empresas, conglomerados o corporaciones industriales, comerciales, comunicacionales o, sobre todo, financieras, no constituye un dato anecdótico, ni es sólo expresión inequívoca de la relación entre poder político que ejerce el gobierno y los grandes grupos económicos: implica un cambio cualitativo en el formato de representación. Si es sólo un episodio ocasional o el punto de partida de un movimiento orgánico, es algo imposible de precisar ahora. Insisto: habrá que seguir con atención este proceso, no sólo para explicarlo desde las ciencias sociales, sino para hacer política contestataria.

Hoy se asiste a un fenómeno imposible de definir como ocasional o como comienzo de uno orgánico, toda vez que recién aparece y no ha podido desplegarse aún. Ese fenómeno es el del logro de las clases dominantes: definir una democracia *del* pueblo (en tanto éste le dio legitimidad de origen mediante el sufragio), *por* la burguesía, *para* la burguesía. Gobiernos que, incluso con el voto popular, han gobernado en favor de los intereses burgueses, no son una novedad. La novedad radical reside, precisamente en el *por*, en quienes tienen el poder y ahora ejercen el gobierno directamente, sin representantes o intermediarios.

Mediante las renovadas formas de acción de las organizaciones y las dirigencias de derechas, las burguesías están llevando adelante un proceso de construcción de hegemonía, expresión ésta en el en el más estricto sentido gramsciano de la expresión. La propuesta metodológica de Gramsci es la siguiente: "la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos: como 'dominio' y como 'dirección intelectual y moral'. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a"

'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede, y más bien debe, ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernamental (es ésta una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder, incluso si lo tiene firmemente, deviene dominante, pero debe continuar siendo 'dirigente' (Gramsci, 1975: III, 2010-2011; itálicas mías).

En la conceptualización del poder elaborada por Gramsci, entre la coerción (el uso de la fuerza, o, al menos, la amenaza de su empleo) y el consentimiento (la dirección intelectual y moral) media un área gris ocupada por la corrupción y el fraude, a los que se apela en las situaciones en las cuales se torna difícil ejercer la función hegemónica y resulta arriesgado emplear la fuerza. Fraude y corrupción devienen, así, formas desmoralizadoras y acciones destinadas a frenar o paralizar del antagonista (o los antagonistas). La compra de los dirigentes opositores puede ser soterrada o abierta, pero en ambos casos el objetivo es el mismo: provocar el desorden y la confusión entre sus filas, trabar u ocluir su capacidad de oposición. El Brasil de estas últimas semanas lo ilustra cabalmente.

Cabe señalar una otra eventual posibilidad, que puede estar ligada o no a la anterior: la de *transformismo*, es decir, la integración de los intelectuales de las clases subalternas al proyecto político de la clase dominante para decapitar la dirección política e ideológica de los dominados y explotados.

Empero, la tarea no les resultará fácil. Es que para ejercer el gobierno directamente, la burguesía debería ser una clase homogénea, con intereses unificados. Y no lo es (como no lo es ninguna clase social). El *conflicto de intereses* entre fracciones de la burguesía es una posibilidad

que puede dificultar el proyecto. Y luego, dato no menor, está la *lucha de clases*. Pero ésta no es un disparador automático y ofrece no pocos problemas, particularmente si las clases subalternas están fragmentadas y/o carecen de una dirección política firme, definida, coherente y consecuente. No debe olvidarse que la burguesía -la derecha, si prefieren- aprende rápidamente y a menudo, si la lucha de clases se agrava, el conflicto de intereses puede ser subordinado a la defensa de los intereses de la clase como un todo, dejando las diferencias para cuando se supere la coyuntura.

Construir hegemonía no es una tarea fácil ni rápida, ni siquiera para las burguesías con todo el poder del que disponen, material, simbólico, comunicacional. Pero es aquí, en este terreno, donde la lucha por la hegemonía -que otros prefieren llamar batalla cultural- marcará el rumbo de la historia inmediata. Esa es y será una confrontación entre posiciones de derecha y posiciones de izquierda, con todos los matices que se quiera. Para las fuerzas contestatarias, la tarea es aún más difícil que para las que defienden el orden establecido, y los recursos son menores. Nunca ha sido fácil. Es necesario disponer de un acabado conocimiento del momento histórico que se vive, de la correlación de fuerzas y saber generar las opciones a definir -que no pueden estar *definidas a priori*-, tanto como no errar ni equivocarse en la viabilidad de las opciones. Como escribió alguna vez Hugo Zemelman (1989: 53), la determinación de la viabilidad de las opciones -que no es más que transformar la utopía en políticas que las construyan- conlleva una exigencia: debe disponerse de una capacidad teórica capaz de ir más allá de la enunciación de principios normativos.

Para concluir la escritura de este artículo releo algunas notas y me detengo en algunos comentarios u observaciones que hacen referencia a ciertas formas de gestionar del actual gobierno argentino, a supuestas improvisaciones y acciones de ensayo y error, a aprendizaje sobre la marcha, a ausencia de plan. Da la casualidad que, al mismo tiempo, escucho a la gran Lola Flores, *La Faraona*, cantar *Ay, pena, penita, pena*, y decir, en el estribillo, "Es un potro desbocao / que no sabe dónde va", y entonces mi preferencia por las metáforas me lleva a cambiar el subtítulo de la sección que está concluyendo, y a reflexionar sobre eso que dicen comentaristas, periodistas y analistas y siento que debo discrepar, a decir como alguna vez el antropólogo mexicano Arturo Warman, disculpen, vengo a contradecir: no están desbocados, saben lo que quieren hacer y cómo deben hacerlo. No están aprendiendo: están midiendo la resistencia que pueden ofrecer las mujeres y los hombres explotados, dominados, a sus políticas y sus objetivos. La resistencia que eventualmente pueden ofrecer aquellos que, por no pertenecer, no sólo no tienen privilegios, sino a los que también se les quieren quitar derechos fundamentales duramente conquistados en una larga historia, que no comenzó en el siglo XXI, sino mucho, mucho antes, aunque no pocos prefieren olvidarlo.

Por cierto, puedo estar equivocado, pero en tal caso no puedo dejar de compartir una petición que Charles Beard les hacía, noventa años atrás, a los politólogos norteamericanos: es necesario "arriesgarse a equivocarse en algo importante, en vez de acertar en alguna minuciosa banalidad".¹⁴

No me cuenten más cuentos

Las derechas mudaron, se metamorfosearon, cambiaron la vestimenta. Las ropas con las que se presentan las "nuevas" derechas tienen un detalle (significativo) que las diferencia de las "viejas" derechas: no portan el *pin* (el prendedor, antaño) de identificación o definición ideológicas. Los hombres de las "viejas" derechas explicitaban su ideología y se batían por ella.

¹⁴ Charles Beard, "Time, Technology, and the Creative Spirit in Political Science", *The American Political Science Review*, vol. XXI, núm. 1 (1927), pp. 1-11.

Los hombres y ahora también las mujeres de las "nuevas" dicen no tenerla, signo de hipocresía, pues claro está que la tienen. No solo rehúsan la definición y la identificación ideológicas: también rehúyen el debate de ideas. En esto son coherentes: si dicen no tener ideología, no pueden confrontar ideas. En este punto, salvo las derechas chilenas y colombianas, que nunca dejaron de asumirse como tales, las "nuevas" derechas son hipócritas, mentirosas y cobardes. Mejor dicho: lo son los sujetos que expresan tales posiciones.

En fin, aunque las llamadas "nuevas derechas" se nos presenten arregladitas como para ir de boda, en rigor recuerdan aquel viejo refrán español según el cual "aunque la mona se vista de seda, mona se queda". Su significado es claro: la condición de cada persona no se puede encubrir ni modificar con la apariencia externa, pues antes o después el engaño es advertido. No hay mejor manera, a mi juicio, de caracterizar eso que llaman "nuevas derechas".

Mal que me pese, me estoy haciendo viejo, pero, felizmente, más viejo me hago, más rebelde y contestatario me hago también. Es que he vivido tiempo más que suficiente para escuchar demasiados cuentos. Por eso coincido plenamente con León Felipe: yo no quiero cuentos, no me cuenten más cuentos.

Bibliografía

- ANSALDI, Waldo: *"Reflexiones históricas sobre la debilidad de la democracia argentina, 1880-1930"*, en **Anuario**, Rosario, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 1986-1987, Segunda época, n° 12, pp. 391-421.
- _____*"La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático"*, en **Nueva Historia Argentina**. Coordinada por Juan Suriano, Buenos Aires Editorial Sudamericana, 2000a, tomo VI, **Democracia, conflicto social y renovación de ideas**. dirigido por Ricardo Falcón, pp. 15-57.
- _____*"Cuando los santos vienen marchando. Las derechas totalitarias en Argentina y Brasil"*, en Seminario Brasil-Argentina, **A visão do outro**. Brasília, FUNAG, 2000b, pp. 559-592.
- _____*"De santos, cruzados y conspiradores mundiales. Las derechas argentinas y brasileñas en la década del treinta"*, en **Sociedad**. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales UBA, primavera, 2003, n° 22, pp. 81-96.
- _____*"De la vox populis, vox Deus a la vox populis, vox mercatus. La cuestión de la democracia y la democracia en cuestión"*, en **Estudios** n° 31. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, enero-junio 2014, pp. 13-31.
- _____*"La política, ente la pena y la canción. O la licuación de la política, un legado del neoliberalismo"*, en Rosario, **Temas y Debates**. año 19, n° 29, enero-junio, 2015, pp. 13-31.
- _____*y GIORDANO, Verónica América Latina. La construcción del orden. Tomo 1: De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ariel, 1ª edición ampliada, 2016.
- BARRUETA RUIZ, Gabriela C.: *"¿Para qué re-pensar América Latina?"*, en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa Elízaga, coordinadoras, **América Latina: los desafíos del pensamiento crítico**. México DF, Siglo XXI editores, 2004, pp. 34-49.
- BEIRED, José Luis Bendicho: *Sob a signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*. São Paulo, Edições Loyola, 1999.
- BETTO, Frei: *"Cómo derechizar a un izquierdista"*, 2012, en <http://www.cubadebate.cu/opinion/2012/09/22/como-derechizar-a-un-izquierdista/#.VC8GaOZd1IU>

- BOBBIO, Norberto: **Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política**. Madrid, Taurus, 1995.
- BONAZZI, Tiziano: "Conservadurismo", en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, **Diccionario de política**. México DF, Siglo XXI Editores, 8ª edición, 1994, pp. 318-323.
- BYUNG-CHUL Han: **Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder**. Barcelona, Herder, 2014.
- CERRONI, Umberto: **Política. Método, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías**. México DF, Siglo XXI editores, 1992.
- CISNEROS, Isidro H.: "Izquierda", en Laura Baca Olamendi *et al*, compiladores, **Léxico de la política**. México DF, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Fundación Heinrich Boll, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 380-384.
- CONSTANTINO TOTO, Mario (2000): "Derecha", en Laura Baca Olamendi *et al*, compiladores, **Léxico de la política**. México DF, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Fundación Heinrich Boll, Fondo de Cultura Económica, pp. 152-154.
- DI TELLA, Torcuato S.; CHUMBITA, Hugo; GAJARDO, Paz y GAMBA, Susana: **Diccionario de ciencias sociales y políticas**. Buenos Aires, Ariel, 2004.
- GINER, Salvador: "Clase, poder y privilegio", en **Leviatán. Revista de hechos e ideas**. nro. 51/52, Madrid, primavera/verano, 1993, pp. 125-172.
- GRAMSCI, Antonio: **Quaderni del carcere**. edizione critica dell'Istituto Gramsci, a cura di Valentino Gerratana, Torino, Einaudi, 4 vols, 1975.
- HIRSCHMAN, Albert O.: **Retóricas de la intransigencia**. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- McGEE DEUTSCHE, Sandra: **Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939**. Buenos Aires, Editorial de Quilmes, 2005.
- MOULIAN, Tomás y TORRES DUJISIN, Isabel: **Discusión entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la Derecha en Chile, 1930-2010**, Santiago de Chile, Ediciones Akhilleus y Editorial Arcis, 2ª edición, 2011.
- NISBET, Robert: **Conservadurismo**. Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- ROMERO, José Luis: **El pensamiento político de la derecha latinoamericana**. Buenos Aires, Paidós, 1970.
- SALAZAR BENÍTEZ, Octavio: "Derecha, izquierda y ¿centro?", en **Leviatán. Revista de hechos e ideas**. II época, n° 85-86, Madrid, otoño/invierno, 2001, pp. 45-56.
- TAPIA, Luis: **Política salvaje**. Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2011.
- THERBORN, Göran: **¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo**. Madrid, Siglo XXI Editores, 1979.
- VOMMARO, Gabriel, MORRESI, Sergio y BELLOTI, Alejandro: **Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Planeta, 2015.
- ZEMELMAN, Hugo: **De la historia a la política. La experiencia de América Latina**. México DF, Universidad de las Naciones Unidas en coedición con Siglo Veintiuno editores, 1989.
- ŽIŽEK, Slavoj: **En defensa de la intolerancia**. Madrid, Sequitur, 2001.
- _____. **Primero como tragedia, luego como farsa**. Madrid, Akal, 2011.